

Una necrópolis romana en la basílica de Santa María del Mar, de Barcelona

Por MARIANO RIBAS BERTRÁN

Un reciente proyecto de altar mayor y cripta subterránea para la basílica de Santa María del Mar, de Barcelona, ha obligado a la limpieza de los restos que todavía existían del destruido altar barroco y de la tota-

lidad del presbiterio. Esta circunstancia ha sido aprovechada para iniciar una exploración debajo del susodicho presbiterio con el propósito de estudiar los posibles restos existentes.

LOS PRIMEROS ESTRATOS

En primer lugar se abrió una estrecha zanja en el centro del presbiterio, en el que pronto se descubrió parte de un muro, entre escombros y tierras de relleno. El muro estaba construido con piedras recuadradas muy desgastadas, que revelaban cierta antigüedad. A un metro de profundidad, con relación al pavimento de la iglesia, apareció un nivel, de escaso espesor, de tierra más limpia de escombros, entre la cual había unos fragmentos de cerámica medieval muy tosca, acusándose a esta profundidad un aumento del espesor del muro antedicho en unos 20 cm., con la desaparición de aquel aparejo, pasando a una mampostería de piedras irregulares y mortero de cal. En esta parte se halló también un pilar adosado, de sólidos sillares de piedra, sobre una cimentación perpendicular, que pertenecía a una obra de reforma posterior, efectuada con el aprovechamiento de unas piedras labradas,

que debieron proceder de alguna construcción anterior desaparecida. En un extremo se conservaban restos de un pavimento de obra de ladrillería corriente, que debió ser anterior, de principios del siglo XIV, por cuanto fue recortado y en parte destruido para la cimentación de una columna de la iglesia gótica.

El respeto a tales vestigios redujo la zanja a la mitad de su extensión, y dentro del reducido espacio que permaneció libre, la tierra se presentó más limpia y compacta, y pronto aparecieron unos fragmentos de tegulas y de ánforas, que se mezclaban a continuación con otros de piezas romanas de los tipos corrientes y de «terra sigillata», indicando un estrato muy interesante. El muro de piedras terminaba al iniciarse este nivel, y debajo de aquél, y a mayor profundidad, se hallaron las cabeceras de dos sepulturas de época romana, una de tegu-

las y otra contorneada con paredes de piedras, que no fueron excavadas en aquella ocasión.

Los datos adquiridos hasta el momento, por lo que se refiere a las construcciones medievales, que podían proporcionar valiosas noticias concernientes a los primitivos templos, únicamente conocidos por los documentos, y el descubrimiento de unas sepulturas, que hacían suponer la existencia de una necrópolis cristiana en el lugar, eran de tal interés que nos animaron a efectuar trabajos de mayor importancia. Por otra parte, la cripta proyectada obligaba a profundizar en el presbiterio, lo cual fue favorable para encauzar nuestras actividades hacia una excavación metódica en toda la superficie de dicho presbiterio.

Se empezó a profundizar el terreno, surgiendo pronto dificultades inesperadas, al tropezar con dos grandes macizos desiguales de sólida obra de hormigón de piedras y cal, que ocupaban casi la mitad del área de excavación y alcanzaban una profundidad que sobrepasaba 1 m. y medio. Se desmenuzaron cuidadosamente, y en su interior, formando parte de la obra, se hallaron varios bloques de piedra y desperdicios de derribos de edificios, entre los cuales había piedras de sillares, montantes y dinteles de edificaciones medievales, piedras de embaldosados, fragmentos de molduras de piedra y unos interesantes fragmentos de zócalo con relieves ornamentales de estilo gótico y otros con figuras y animales, de la misma época, que se suponen de un sarcófago y peanas, una con un ángel que conservaba restos de policromía. También se hallaron unas pilas de mármol estriadas; una piedra circular de molino, de 1,30 m. de diámetro; un bloque de piedra de 0,60 m. de ancho por 0,37 de alto y 0,20 de grosor, que en una de sus caras tiene esculpido el escudo de la basílica de Santa María del Mar y la fecha 1631, y

en la parte superior hay una cavidad, en el interior de la cual se conservaba un vaso cilíndrico de vidrio que servía seguramente para guardar reliquias de un santo, y que había sido violado; fragmentos de calados de piedra de ventanales góticos, que se suponen de la propia iglesia, y algunos fragmentos de cerámica ordinaria de escaso interés, de los siglos XVII y XVIII, que vienen a indicar la época de construcción de los macizos.

Uno de estos macizos estaba unido a una sólida construcción rectangular de 4,65 por 6,40 m., cuyas paredes medían 0,95 m. de anchura, y cubierta con bóveda de medio punto del mismo grosor. No habían indicios de haber existido aperturas, y su interior estaba relleno de tierra y escombros, como la otra parte del presbiterio, lo cual hace pensar que fue construida para servir, junto con el macizo de hormigón, para la cimentación del monumental altar barroco que se levantó en este lugar. Se ignora la finalidad del otro macizo, porque no está relacionado con ninguna construcción de la época. Ocupaba el fondo del presbiterio, y en las tierras de sus contornos habían diversos fragmentos de cerámica de varias épocas, piedras sueltas, fustes de columnas de piedra arenisca y de mármol, piezas de embaldosados, restos de esculturas góticas de carácter decorativo y desperdicios de fundición de hierro.

En el centro del presbiterio, colocado en sentido transversal, se descubrió, en toda la anchura del mismo, el antedicho muro, que mide 12,75 m. de longitud, debiendo continuar por ambos extremos, y 0,55 m. de espesor. En el centro tiene abierto un portal de 1,27 m. de ancho, con montantes de piedra bien recuadrados y un peldaño, y en uno de los paramentos se conserva el arranque de un arco de medio punto que fue cegado posteriormente. Dicha pared está construida

con piedras cuadrangulares de distintos tamaños, dispuestas en hiladas horizontales de un modo muy rudimentario, unidas con mortero de cal o con barro. La parte más gruesa del muro está construida con obra de mampostería, pudiendo apreciarse el aprovechamiento de piedras, labradas por una cara, que debieron pertenecer a una edificación anterior. La disposición de unos estrechos montantes colocados en sentido vertical pueden indicar que en el centro había un portal de 2,40 m. de anchura, que apareció cegado con la misma mampostería.

En un nivel más profundo fueron hallados restos de toscos muros y cimientos muy destruidos, que no se enlazaban, y que creemos que pertenecían a unas primitivas edificaciones medievales, de las que se desconoce su carácter. Son de mampostería,

de piedras de distintos tamaños, unidas con mortero de cal y barro. Indican dos etapas de construcción que no se corresponden, aunque algunos muros se superponen parcialmente. Una parte de estos restos fueron destruidos por la construcción de unas tumbas, que desde el extremo sudoeste del área de excavación se extendieron por toda la superficie de la iglesia. Fueron construidas, durante el siglo XVII y principios del XVIII, con muros de mampostería o con sillares de piedras aprovechados, que penetran en el nivel medieval, sin llegar al romano. Cuando se efectuó el relleno para la construcción del presbiterio donde se debía levantar el altar mayor barroco, se inutilizaron las tumbas de aquel lugar, trasladando los restos que contenían, y desplazándolas de su lugar de origen.

INTERPRETACIÓN HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICA DE LOS ESTRATOS

La evolución histórico-arqueológica permite comprobar la formación de un estrato medieval muy primitivo, probablemente del siglo VI o VII, ahora casi inexistente, en el que se han conservado algunos restos de muros y cimientos de construcción muy modesta. No fue posible estudiar las características de aquellas edificaciones, porque los restos hallados estaban totalmente arruinados. En este estrato parecen manifestarse ciertos cambios y remociones tras una total destrucción, y probablemente un período de abandono. Ello permite suponer unos hechos históricos que no podemos profundizar. Penetró en este nivel una gran cantidad de tierra amarillenta, algo arenosa, bien delimitada, en la que se conservan otros cimientos, de una época posterior, y en una situación algo más elevada. Estos restos también nos han llegado muy destruidos y son inexpresivos.

Se trata de dos estratos distintos, que se mezclan, que de hecho están en un mismo nivel, y que se confundirían si no fuera por las calidades de las tierras y algunos fragmentos de cerámica. Podemos suponer que algunos de estos restos pertenecen a reformas posteriores improvisadas sobre una primera construcción para cubrir unas necesidades momentáneas.

El único elemento de estudio consiste en los escasos fragmentos de cerámica hallados dentro de las tierras que han permanecido intactas, que por tratarse de unos tipos característicos, bien conocidos en otros yacimientos, nos permiten fechar aproximadamente la época de los dos estratos. A pesar de las remociones posteriores se ha conservado, debajo de los cimientos y en la parte más honda, una cantidad de tierra intacta con unos significativos fragmentos cerámicos de los tiempos de la Re-

conquista. Por lo general son toscos, hechos a torno y también a mano, y de arcilla gris y negruzca, muy quemada; las ollas tienen la superficie cubierta por una capa de hollín. Los bordes de éstas acostumbran a ser variados, lisos y con rebordes paralelos irregulares en el exterior, con acanaladuras en la cara interna, o saliente hacia afuera en forma curvada. También los hay de perfil almendrado. Las ollas suelen tener una sola asa, vientre esférico y fondo plano. También hemos hallado tapaderas fragmentadas y un pico trianguliforme adherido junto al cuello de una jarra de arcilla gris, que parece tener la cara exterior pulimentada con espátula y fragmentos de otras piezas de la misma cerámica que por estar muy destruidas e incompletas no nos permiten conocer su forma.

De la misma época son unos fragmentos de cerámica rosácea hecha a mano, de superficie muy espatulada y brillante. Para su cronología recurrimos a otros yacimientos conocidos, algunos de ellos bien documentados, que han proporcionado abundante material que se sitúa plenamente en los siglos IX y XI, como son Sant Cugat o Sant Jaume de Traià, en el término de Argenton; Sant Martí de Mata, en el término de Mataró; la Palaiópolis de Ampurias, y, cerca de Berga, Sant Quirze de Pedret y Casampons.

Pertenecen al mismo nivel unos fragmentos de jarras de barro color rosáceo, con vedrío verde, en algunas ocasiones amarillo y, en otras, ambos colores en una misma pieza. Son interesantes unos fragmentos de jarra de fino barro arcilloso, sin arena, fabricados a mano, en los que destaca su superficie color bermellón pulimentada con espátula, con un brillo que recuerda lejanamente la «terra sigillata» clara, aunque

las paredes son algo más gruesas y la pasta oscura, de un color marrón.

El conjunto principal de esta cerámica parece estar relacionado con las edificaciones que los documentos empiezan a mencionar desde el año 1000, pues al correr del siglo XI Santa María del Mar ya era parroquia.¹ En cuanto a los muros más viejos, posiblemente debieron pertenecer a unas supuestas construcciones visigóticas. De todos modos la falta de datos y lo inexpresivo de los restos no permiten afirmar nada en concreto.

Como ya hemos dicho, encontramos una notable parte de los estratos medievales destruidos, con fuertes buceamientos e irregularidades que penetraron en su interior, con una gran diversidad de suelos debido a la superposición de diversas capas de tierras, basuras y escombros, que con desigualdad de acarreo sepultaron las ruinas de las viejas construcciones. Este hecho aconteció también con el relleno del presbiterio en la segunda mitad del siglo XVIII, probablemente entre los años 1772-1774, cuando se levantó en el lugar el monumental altar mayor. En este relleno no faltaron los sillares y otras piedras procedentes de derribos, así como los restos de tuberías, conducciones y ladrillos. De mayor calidad son unos fragmentos de columnas de piedra arenisca y de mármol, un hermoso capitel románico, en buen estado de conservación, y una lápida de mármol con letras de carácter gótico. La cerámica hallada en esta parte constituye un notable conjunto, por la diversidad de aspectos y de épocas, que a la vez presenta unos tipos que estuvieron en uso en la Barcelona de aquellos tiempos.

Las piezas más antiguas son de loza vidriada, con dibujos en verde y manganeso sobre la superficie, de esmalte blanco, cuya

1. BONAVENTURA BASSEGODA AMIGÓ, *Santa María del Mar*, Barcelona, 1925, vol. 1, pág. 33.

aparición consideramos muy interesante por tratarse de una especialidad poco frecuente. Se cree que en Barcelona existió un centro de fabricación de esta variedad cerámica a principios del siglo XIV, por los hallazgos realizados en el subsuelo del antiguo Palacio Real Mayor, en el relleno de las bóvedas de la iglesia del Pino y en las inmediaciones del Monasterio de Pedralbes.

En menor cantidad han sido encontrados fragmentos de tazas y de platos decorados con dibujos dorados, que se consideran de fabricación catalana del siglo XVI. De ellos llama la atención una taza decorada en toda la superficie interior con dibujos dorados de gran primor y unas fajas de azul claro que se combinan marcando unas zonas.

El conjunto más completo de piezas corresponde a las decoradas con dibujos de color azul sobre fondo blanco, a base de motivos vegetales, cenefas de líneas lisas o con un motivo de adorno que se repite. A veces en el centro de los platos hay círculos que encierran unas flores, y también los hay en campo libre con temas florales, frutas, pájaros, etc.

En esta manufactura se agrupan piezas del siglo XVII y otras que entran dentro de unos tipos considerados de mediados y de finales del siglo XVIII, que en este caso

serían contemporáneos a la época del relleno del presbiterio.

Abunda la cerámica denominada de «gerrer», con piezas modestas de servicio de comedor y de cocina. La persistencia de formas y técnicas durante algunos siglos hace dificultoso situarlas con exactitud en un determinado marco cronológico. Figuran piezas que por su vidriado y por sus elementos de adorno, apliques y esgrafiados, reflejan el sentido de la belleza de la época en que fueron fabricadas.

Había también fragmentos de azulejos. El más antiguo contiene un tema de origen musulmán, de lacerías en blanco sobre un fondo negruzco, que parece corresponder al siglo XIV. Otros están decorados con trepa presentando un dibujo blanco sobre fondo azul; clasificados como de fabricación catalana del siglo XVI, se conservan en varios edificios antiguos de Barcelona. De la misma época es un azulejo fragmentado, de tradición gótica, con el escudo de Santa María del Mar en color azul sobre fondo blanco. El conjunto más completo lo forman los azulejos policromados de adorno, de cuatro, las cenefas y las medias cenefas, con unos dibujos que fueron populares en los siglos XVII y XVIII. También los azulejos de cartabón en verde y blanco.

ESTRATO ROMANO Y NECRÓPOLIS

Sabido es que la colonia romana de Barcino tuvo varias necrópolis que han sido, en gran parte, descubiertas y excavadas fuera del recinto amurallado o en sus proximidades. Pertenecen a diversas épocas y van desde la romana imperial hasta la época visigótica. Sin duda la más interesante, por los tipos de sepulturas y la epigrafía, es la de

la plaza de la Villa de Madrid, que fue publicada por A. Durán y Sanpere,² que dirigió la excavación.

De los trabajos realizados se deduce que la necrópolis recientemente descubierta en el interior del templo parroquial de Sta. María del Mar (fig. 1) fue una de las más extensas y con mayor densidad de enterramientos.

2. A. DURÁN Y SANPERE, *Una vía sepulcral romana en Barcelona*, en *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad*, núm. IV, Barcelona, 1963, págs. 61-103.

Posiblemente pertenecieron a la misma unas sepulturas de tegulas descubiertas en el subsuelo de unas casas de la calle de Montcada; otras de la misma clase se hallaron en la casa situada en la esquina de las calles de Santa María y Espadería; y también debieron ser de otras sepulturas análogas de la misma necrópolis algunas tegulas e ímbrices hallados sueltos, a cierta profundidad, en la plazuela de Montcada. Debemos pensar que esta necrópolis se extendía por todo el solar ocupado por la basílica y calles más próximas.

La superficie que hemos podido excavar es, aproximadamente, de unos 155 m. cuadrados, y en ella han aparecido un total de 106 enterramientos.

La necrópolis se formó sobre un piso de arenas, irregular en su origen, debido a la superposición de capas de arcilla y lodo, que fue barrida en casi su totalidad para dejar un suelo limpio y uniformemente allanado, que actualmente lo hemos hallado a unos 3,50 m. de profundidad máxima, con relación al nivel de la iglesia.

En el extremo este del área de excavación se descubrió la mitad de un silo romano, construido en la arena a un nivel superior, lo que hace suponer que en aquella parte debió conservarse más o menos la desigualdad del terreno.

En el centro de la excavación se halló una reducida extensión de tierra virgen, arcillosa, muy compacta, que profundiza dentro de la arena, sobre la cual permanecían aún indicios de lodos, como recuerdo de haber sido un lugar pantanoso.

Para la formación del cementerio se depositaron, sobre las allanadas arenas, grandes cantidades de tierras, que fueron transportadas de otros parajes de la colonia romana, formando un estrato de variable espesor, que lo hemos hallado intacto. En el fondo de este nivel se depositaron la mayor parte

de las sepulturas, otras penetraban parcial o totalmente en la arena firme. Coincidiendo con el centro de nuestra excavación se halló una pronunciada elevación de la tierra superpuesta, como si fuera un gran túmulo para dar cierta distinción al grupo de enterramientos allí situados.

Partiendo del nivel de la arena firme, la parte más elevada del túmulo tiene un espesor de 2,30 m., y en los límites de la excavación oscila entre 0,90 y 0,60 m. En la parte central había las sepulturas n.º 27, 41 y 42, que eran las más elevadas del cementerio, estando situadas a unos dos metros de profundidad con respecto al nivel de la iglesia. Las colocadas a mayor profundidad, n.º 78, 84 y 85, estaban en el extremo sudoeste, a unos 4,40 m., y penetraban en su totalidad en la arena, en la que se habían efectuado unos hoyos cuadrangulares de las medidas de los ataúdes, que después fueron revocados con barro. El espacio que quedaba entre las paredes del hoyo y el ataúd fue rellenado con tierra y fragmentos de cerámica.

La calidad de la tierra que constituye el estrato es algo arcillosa, con abundante arena que penetró en el interior de las sepulturas. Su ambiente, totalmente seco, ha sido favorable para una perfecta conservación de los esqueletos.

En la disposición general del cementerio se observa un extraordinario cuidado para evitar la destrucción de las sepulturas y un gran respeto para con los cadáveres.

La gran cantidad de enterramientos que se agruparon en todas partes no fue motivo para separar de su ataúd los unos de los otros, y donde había una sepultura nunca más se volvía a enterrar. Al ser agrupados varios enterramientos en un espacio reducido, para no mezclar los unos con los otros, se construía un suelo de piedras y barro, de tegulas (fig. 2), o de fragmentos de dolium, para separar las nuevas sepulturas

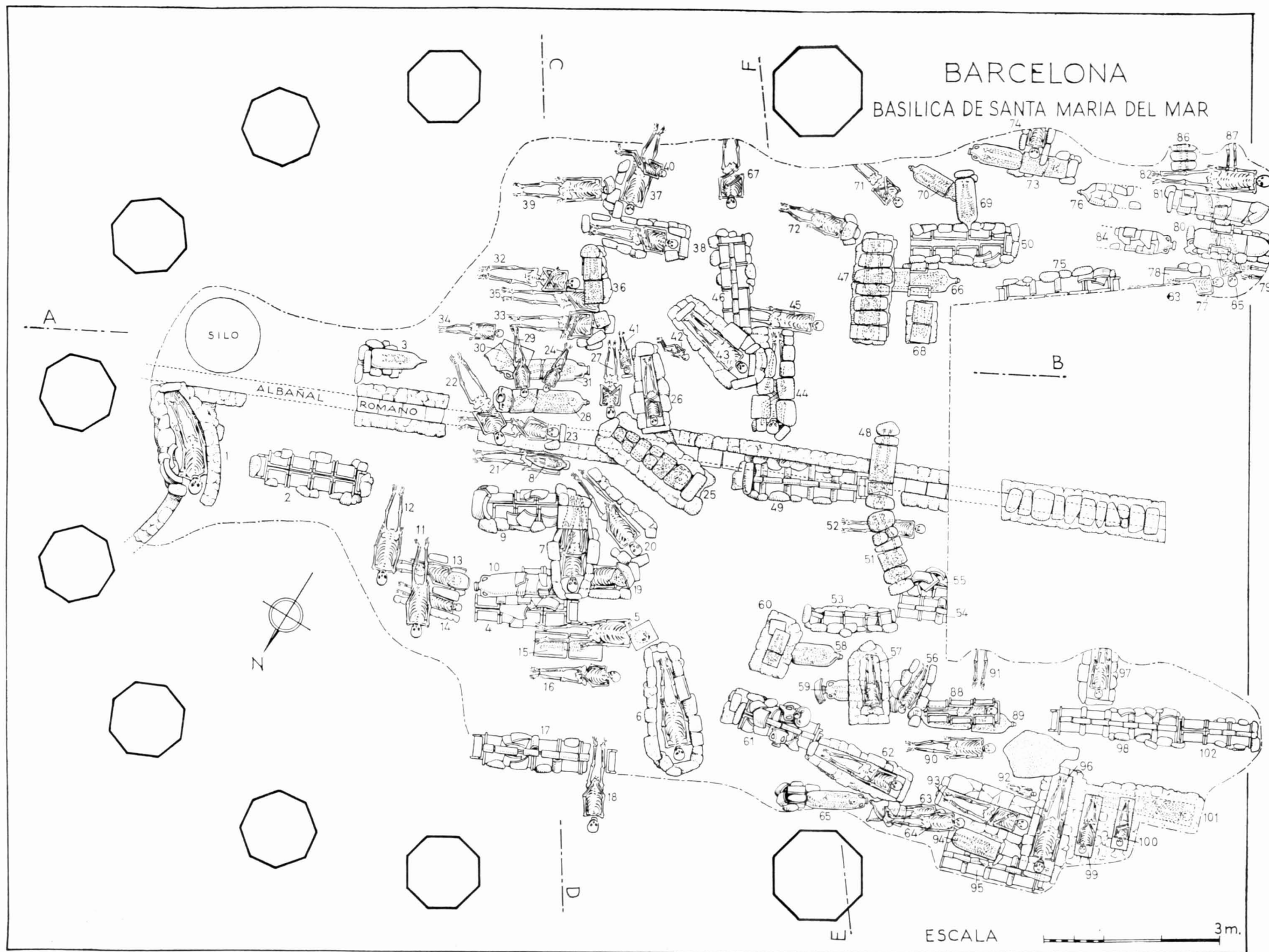


Fig. 1. — Planta de la necrópolis romana hallada bajo la basílica de Santa Maria del Mar, de Barcelona.

que se superponían a las más hondas ya existentes.

En la disposición general del cementerio se observa el detalle de aparecer los niños diseminados en torno y sobre los enterramientos, como si un padre o una madre tuvieran agrupados junto a ellos algunos de sus hijos.

Los enterramientos son de inhumación con un solo cadáver en cada sepultura, a excepción de la n.º 66, compuesta de ánforas como ataúd, conteniendo en su interior el esqueleto de una mujer con un recién nacido colocado sobre sus piernas, y la n.º 46, de tegulas, con el esqueleto de una mujer y el de un recién nacido colocado sobre su pecho.

Los tipos de enterramiento hallados son: en ataúdes de madera, en ánforas (figs. 11 y 12, y lám. II, 2) y en paredes de piedras y de tegulas (lám. I, 2, y II, 1), todos ellos mezclados y orientados de distintas maneras, aunque predominaba la tendencia a orientar la cabeza al noroeste o sudoeste. Las únicas excepciones son las sepulturas n.º 86, 87 y 91, excavadas parcialmente, en las que los esqueletos aparecieron con la cabeza orientada al sudeste, y la número 30, con el esqueleto de un recién nacido con la cabeza orientada al este.

Todos los esqueletos fueron hallados en decúbito supino. En la totalidad de las sepulturas de tegulas, en casi todas las de ánforas y con frecuencia en las de los demás tipos, los esqueletos tenían los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. En ciertos momentos aparecieron con los brazos flexionados sobre el pubis, n.º 16, 18, 23, 24, 26, 29, 44, 47, 99 y 101, o bien con un solo brazo flexionado, n.º 11, 13, 20, 62 y 88; con los brazos cruzados sobre el pecho, n.º 22, 25, 27, 32, 42, 51 y 71; con los brazos flexionados sobre el cuerpo, sin cruzar, n.º 33, 38, 40, 67, 93 y 100; y con un solo brazo sobre el cuerpo y el otro extendido, n.º 7 y 62.

Algunas veces, en los enterramientos en ánforas y en los de caja de madera n.º 10, 16, 25, 28, 31, 42, 49, 65, 72 y 89, el cráneo sufrió un notable desplazamiento dentro de la superficie hueca del ataúd, llegando incluso a desprenderse en varios centímetros del cráneo del enterramiento número 5.

Fueron excavadas 106 sepulturas, que proporcionaron un total de 108 esqueletos,

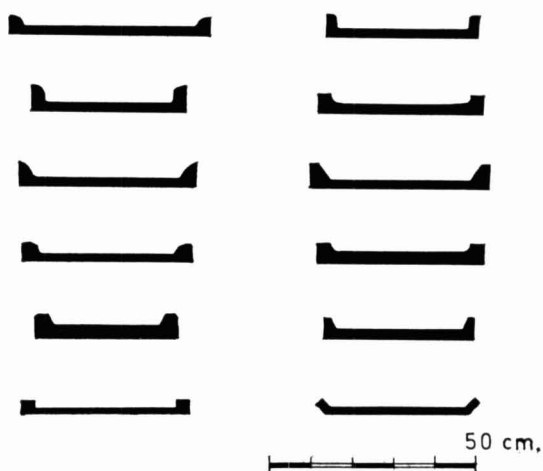


Fig. 2. — Perfiles de los diversos tipos de tegulas halladas en la necrópolis de Santa María del Mar.

de los cuales 28 eran niños, 29 adolescentes y 51 adultos, lo que revela un elevado contingente de gente joven.

Abundaban los enterramientos en ataúdes de madera, que por ser esta materia de fácil desaparición, no siempre ha dejado testimonio de su existencia. Ha sido frecuente el hallazgo, en su sitio correspondiente, de clavos de hierro forjado de distintos tamaños, de los que sujetaban las tablas. Raras veces han sido hallados clavos de bronce. La longitud de estos clavos, que acostumbraba a sobrepasar los 10 cm., debió a veces atravesar las tablas y la contorsión que se produjo en algunos de ellos ha permitido deducir el grosor de la madera, que debería ser de unos cuatro a seis centímetros aproxi-

madamente, si bien hemos de reducir esta medida a la mitad, considerando que en el lugar del ataúd donde estaban clavados la madera era doble. En varias sepulturas el hierro se consumió totalmente, según se deduce de las manchas rojizas del óxido, conservadas en la tierra en una disposición que adoptaba la forma rectangular de la caja, aun con pequeños fragmentos de madera humificada adherida a los clavos. La escasez de clavos hallados junto a los esqueletos hace suponer que se utilizaron en momentos determinados, y corrientemente las tablas debieron estar unidas mediante clavijas de madera. Si bien en algunos enterramientos abundaban los clavos, en la mayoría había sólo dos o tres, que no eran suficientes para sujetar la totalidad del ataúd.

Por su interés anotamos ciertas características observadas en las sepulturas en ataúd de madera. Colocaban el ataúd sobre la superficie llana de la arena, en el interior de una zanja abierta en la tierra, y revestían la caja con pequeños muros de piedras desiguales, que unían luego con mortero de cal, de forma que al rellenar los espacios vacíos existentes entre la caja y la pared de la zanja, el material se ha convertido en un molde sobre el que la caja ha dejado estampada su forma y la impronta de las tablas de madera, haciendo reconocible algunos detalles del ataúd y permitiendo que los clavos permanecieran intactos junto al esqueleto, una vez desaparecida la madera. Esto ha hecho que podamos conocer las medidas de algunos ataúdes. Uno de los de mayor tamaño, número 47, de forma trapezoidal, medía 0,37 m. de ancho en la cabecera, 0,28 en los pies, 1,80 de longitud y 0,33 de altura. Por regla general las medidas de los diversos ataúdes eran desiguales, según la altura del cadáver, aunque todos ellos se caracterizaban por su estrechez.

En el interior de las sepulturas de te-

gulas y de ánforas no hemos hallado nunca clavos de hierro

Debieron disponer de cajas almacenadas, por cuanto a veces aparecen esqueletos con las piernas encogidas, que hacen pensar que tan violenta operación se realizaba para introducir el cadáver dentro de un ataúd corto. Otras veces colocaban sobre la caja de madera una hilera de piedras y tegulas, o únicamente una tegula o un grupo de fragmentos de ánforas, protegiendo la parte de la cabeza y de los pies. Al consumirse la madera estos materiales han quedado colocados sobre el esqueleto.

Las sepulturas contorneadas con paredes o piedras sueltas presentaban las formas rectangular y trapezoidal. Frecuentemente las piedras estaban ajustadas con barro amasado sin revocar, por lo que al desaparecer la caja, las piedras se desprendieron hacia la parte hueca, quedando inclinadas o irregularmente dispuestas sobre el individuo. Se utilizaban corrientemente piedras desiguales de distintos tamaños, y fragmentos de ladrillos y de tegulas, aprovechando las piedras de mayor tamaño para la tapa. Fue frecuente el hallazgo de ladrillos enteros para completar la obra de las tumbas y usados como tapadera. Hay ladrillos toscos de barro que contienen mucha arena, de 0,40 × 0,45 × 0,09 m.; otros, de 0,55 de lado por 0,08 m. de espesor, y los más abundantes medían 0,37 × 0,55 × 0,08 m. y 0,40 × 0,30 × 0,07 m.

Las sepulturas de tegulas estaban formadas por dos hileras inclinadas que se unen en la parte superior formando dos vertientes. Algunas descansaban sobre un suelo de tegulas alineadas y las otras estaban colocadas directamente sobre la arena. Las juntas estaban ajustadas con barro amasado, completadas a veces con ímbrices y fragmentos de ánforas, y con frecuencia unas piedras sueltas protegían los contornos.

Para la construcción de estas sepulturas se utilizaron a veces tegulas viejas que ya habían servido para las cubiertas de las casas, como lo han indicado los residuos de mortero de cal incrustados en sus caras. Otras estaban alabeadas, defectuosas de fabricación, y con frecuencia varios fragmentos suplían una pieza. La calidad de la pasta de fabricación es variable, abunda el color rojo-marrón, el rojo y en menos cantidad el amarillo.

Asimismo hay diversidad de perfiles (fig. 2) y medidas que pueden indicar distintas procedencias. Los tamaños más corrientes son: $0,35 \times 0,52$ m.; $0,37 \times 0,55$; $0,38 \times 0,60$; $0,40 \times 0,56$; $0,41 \times 0,54$, y $0,49 \times 0,52$ m. El espesor varía entre 3 y $1\frac{1}{2}$ cm. Algunas tienen, en una de sus caras, dibujos hechos rápidamente con los dedos o un bastón, formando círculos, líneas onduladas, líneas cruzadas, en zigzag y otras formas caprichosas, que parecen indicar las marcas de los obreros. Sólo una tegula, de la sepultura n.º 88, presentaba en una de sus caras una estampilla con un dibujo convencional dentro de un rectángulo de 4 por 9 cm. (figura 3).

Los ímbrices por regla general son lisos y de tamaños y perfiles diversos, dentro de las pocas posibilidades que permite la pieza. La sepultura n.º 89 fue la única que ofreció piezas de este tipo que parecen decoradas con dos o cuatro líneas onduladas que siguen toda su longitud, y otras con dos pequeños círculos en un extremo.

Finalmente hay el tipo de enterramiento en el interior de ánforas, que según parece fue común en todo el Imperio romano. Las ánforas eran seccionadas por uno de los extremos para poder introducir el cadáver en el interior. Para los niños bastaba una sola ánfora, para los adolescentes se utilizaron dos ánforas que se juntaban, y para los adultos se utilizaban tres, colocando en

el centro la parte tubular de una de ellas.

Las ánforas suplían normalmente a los ataúdes de madera. Eran colocadas en el suelo, tapando las juntas con fragmentos de cerámica unidos con barro, y en la boca se colocaba una piedra o fragmentos de otras ánforas. Para su estabilidad a veces se introducían piedras irregulares en los lados, o pequeños fragmentos de ladrillos a modo de cuña, y también eran ajustadas con cal y barro sobre un reducido suelo de argamasa

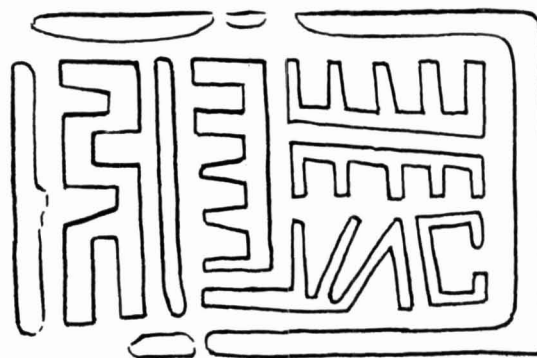


Fig. 3. — Estampilla sobre una de las tegulas de la sepultura n.º 88 de la necrópolis de Santa María del Mar. (Tamaño natural.)

de piedras pequeñas y barro. Sólo un enterramiento, el n.º 8, ha proporcionado una ánfora seccionada longitudinalmente, que servía, sin tapadera alguna, como lecho al esqueleto de un recién nacido. Fue hallada sobre el pecho de un adulto, que sin duda alguna debió ser su madre.

Hemos visto esqueletos encogidos dentro del reducido espacio de las ánforas y con el cráneo en una posición forzada tocando a un extremo.

La disposición general de las sepulturas, al igual que su desigual profundidad, no indican una mayor antigüedad de unos tipos respecto a otros, y la superposición que a menudo tan claramente se observa, así como el elevado número de enterramientos dentro

de un reducido espacio, puede atribuirse a la necesidad de aprovechar el terreno en una zona de intensa población.

La uniformidad de las tumbas de cada tipo, con repetición de elementos constructivos y de obra constituye en realidad un único piso que viene a determinar un período de tiempo de más o menos duración.

Las primeras ánforas ataúdes que descubrimos estaban situadas en la parte más honda de la necrópolis, y parecían indicar un nivel primitivo, anterior a las sepulturas de otros tipos. Pero al avanzar la excavación hacia la parte sudoeste, esta hipótesis quedó anulada por el hallazgo de otras sepulturas en ánfora, n.º 69, 80, 81 y 94, que estaban situadas en un nivel más elevado, sobre unas tumbas que en un principio habíamos supuesto posteriores. Ello complica la posibilidad de intentar establecer una cronología.

En el extremo este del área excavada se vació la mitad del único silo hallado. Estaba construido en la arena firme y se conservaba hasta una profundidad de 1,90 m., con un diámetro máximo de 1,35. Al ser inutilizado fue rellenado con tierras y escombros, que han aparecido: en primer lugar unas capas

de tierra vegetal y arena y seguidamente unos restos de carbón vegetal y piedras sueltas. A unos 70 cm. de profundidad abundaban las piedras y aparecieron unos fragmentos de ánforas, tegulas, ollas, cubiletes y fuentes de época romana. A 1,40 m. había piedras, tierra y cerámica como la anterior; y en el fondo existían unos 10 cm. de residuos amarillentos que parecían pertenecer a descomposición de materias orgánicas, debido a las filtraciones de aguas.

De un momento anterior a la necrópolis es un albañal que la atraviesa por el centro, pasando por debajo de las sepulturas. Fue descubierto en una longitud de 17,50 m. y aún continuaba en los extremos. No ha sido posible descubrir su utilidad, aunque no nos extrañaría que perteneciera a unas viviendas o villa de aquel contorno. Está constituido por dos paredes paralelas, de mampostería de piedras y mortero de cal, revocadas por dentro y separadas entre sí unos 27 cm., en forma de canal, con una hilera de tegulas horizontales como suelo. En parte conservaba unas losas de piedras groseramente allanadas, alineadas y apoyadas en las paredes formando la cubierta.

HALLAZGOS EN EL ESTRATO ROMANO

El único conjunto de fragmentos de cerámica romana ha sido hallado en el estrato de tierras transportadas para la formación de la necrópolis. Aunque no puede considerarse relacionado con las sepulturas por ser de distinta procedencia, tiene un marcado interés como material arqueológico, porque entra plenamente dentro de una tipología bien conocida en otros yacimientos romanos.

La cerámica más moderna ofrece particular interés, porque debe considerarse lógicamente como contemporánea del traslado

de tierras, y por lo tanto puede señalar la fecha más antigua del cementerio. Concretamente nos referimos a unos fragmentos hispano-cristianos de cerámica color gris, de superficie negruzca pulimentada a medio brillo, y decorada con estampillas, que forman unos círculos radiados contorneados de puntos (fig. 4). Hay otros fragmentos de la misma clase sin decoración.

Un dato de notable interés lo ha ofrecido la sepultura n.º 101, que pertenece a un grupo de cuatro enterramientos dentro de una sola construcción, tres de los cuales

están a una mayor altura. Fue construida con obra de mampostería de piedras desiguales unidas, en parte, con cal, que se completó con arcilla amasada. Formando parte de la mampostería de la referida sepultura fue hallado un fragmento de un vaso hispano-cristiano, que lo consideramos como un elemento muy notable para la datación de las tumbas. Tratamos aquí de una cerámica bien conocida, que hemos podido clasificar con cierta exactitud en dos yacimientos mataroneses, en los que ha aparecido en unos estratos de fecha segura.

El primero lo fue en una basílica cristiana que se cree de fines del siglo IV, construida dentro de la villa romana de la «Torre Llauder», cuando ya se había manifestado libremente el cristianismo, y que tuvo una vida muy corta, por haber sido destruida durante la invasión de principios del siglo V, que al mismo tiempo puso fin a la villa, con un saqueo seguido de incendio. En la misma basílica fueron hallados varios fragmentos de platos paleocristianos con motivos de círculos y palmas estampados, un plato litúrgico con una cruz y el alfa y omega en el centro, y una lucerna fragmentada, casi entera, de la misma época.

El segundo yacimiento es la necrópolis cristiana de Iluro, en la que fue hallada abundante cerámica paleo-cristiana, fragmentos de lucernas de un tipo que se considera procedente de África, y una interesante sepultura con una cruz, de carácter post-constantiniano, en relieve sobre la tapa. Estos yacimientos nos dan la fecha de la cerámica que estudiamos en un espacio de tiempo relativamente corto, dentro del cual puede situarse el momento antiguo de la necrópolis de Santa María del Mar.

Por lo general, la cerámica se ha presentado mezclada y muy fragmentada, sin posibilidad de reconstrucción, a excepción de dos fragmentos de «terra sigillata» que per-

tenecen a un mismo vaso y que son los únicos que permiten conocer el perfil completo de una pieza (fig. 5). Abunda la cerámica común de los tipos corrientes: ollas, cuencos, boles, platos, fuentes, copas, vasos de paredes delgadas, olpes, jarras, morteros, tapaderas, etc. Escasea la «terra sigillata»,

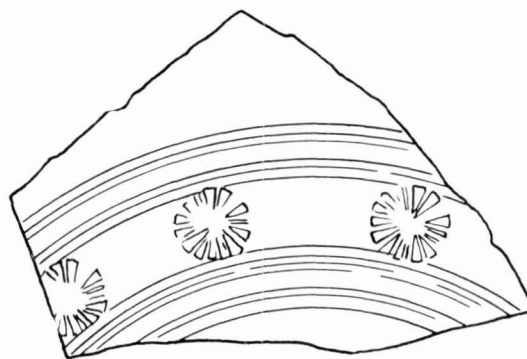


Fig. 4. — Fragmento de un plato de «terra sigillata» clara D, decorado.

aunque es interesante la presencia de la aretina, la sudgálica y la denominada hispánica, con fragmentos característicos y cuatro estampillas (figs. 6 y 7). Por último aparecieron también varios fragmentos de «doliolum», ladrillos y adobes, que fueron utilizados para la construcción de sepulturas. De este apartado excluimos las ánforas, porque las hemos hallado utilizadas como ataúdes, y algunos objetos de las tumbas.

Las ollas no se destinaron en ningún momento a urna funeraria; las hemos hallado fabricadas a mano y a torno, conservando casi siempre las paredes ennegrecidas con huellas de fuego y hollín adherido, como demostración de que fueron unos recipientes que sirvieron para cocer. Abundan las de pasta grosera, color gris y negruzco, con abundante desengrasante de arena. Las hay de pasta color marrón y gris-rojo, hechas a torno, que se distinguen de las primeras por tener las paredes algo más

delgadas y fuertes. Tienen el cuerpo globular, fondo plano, y cuello corto con un borde a veces almendrado, pero comúnmente vuelto hacia afuera, y a veces con una acanaladura o estría.

Los cuencos son de paredes altas y boca

Las escudillas, de diversos perfiles, presentan las paredes delgadas, borde liso y fondo plano. Las hay con barniz anaranjado semibrillante o sin él. Son de barro color marrón y rojo-marrón.

Se hallaron varios fragmentos de platos,

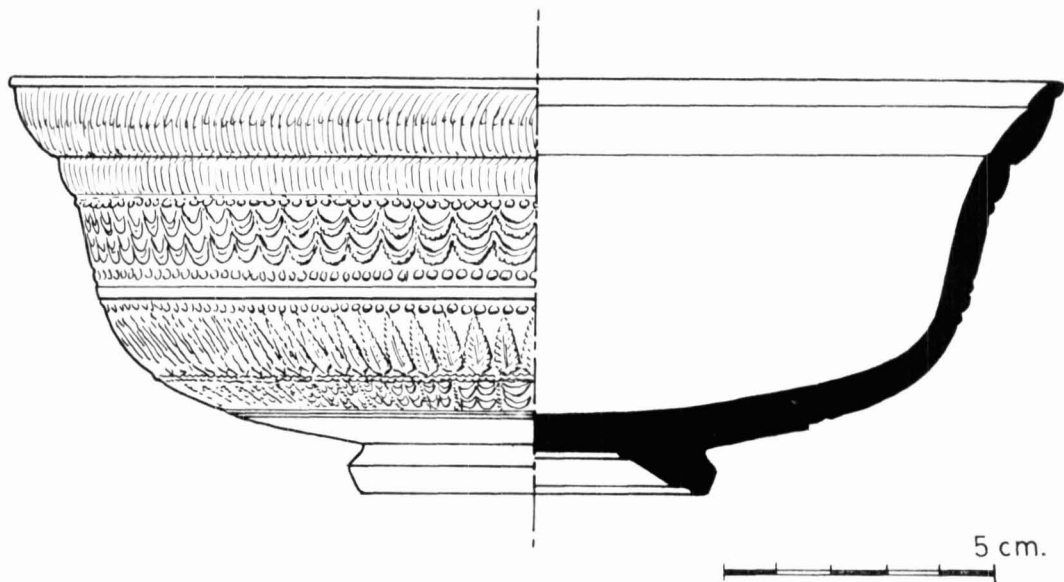


Fig. 5. — Vaso de «terra sigillata» sudgálica, de forma Dragendorf 29 (época de Tiberio-Vespasiano).

abierta con borde plano, horizontal, ligeramente moldurado y fondo cóncavo. Las huellas que en ellos ha dejado el fuego demuestran que sirvieron para cocer. Son fabricados a torno, con barro rojo, sin desengrasante de arena. Predominan los de fondo estriado en el exterior y paredes altas, algo abombadas, borde ligeramente moldurado y a veces con una acanaladura. Son de un barro rojo fino, que recuerda la «terra sigillata» clara. A veces tienen una pátina de color gris en la parte alta de las paredes o en toda su superficie externa. Hay una variante que tiene el cuerpo recto, borde ancho, fondo cóncavo estriado en el exterior, y otras estrías en el interior que van desde el borde hasta la línea de carenación.

generalmente planos, de diversos tamaños. Algunos tienen estrías en el interior. Son de barro rojo sin barniz. Las fuentes son de tamaño más grande y más hondas, del mismo barro, con el borde liso y más grueso.

Las copas escasean, suelen tener en el borde un pequeño bordón en la parte interior, el cuerpo cónico y el fondo plano, a veces reducido, contorneado con un canto en relieve que lo limita. Son de barro muy fino sin arena, color rojo claro.

Hemos hallado gran variedad de vasitos, que por estar muy fragmentados no podemos conocer sus formas. Hay bordes lisos, verticales y cóncavos, y restos de vasos de paredes finas, cónicos, ovoides y cilíndricos. Son generalmente de barro gris y marrón

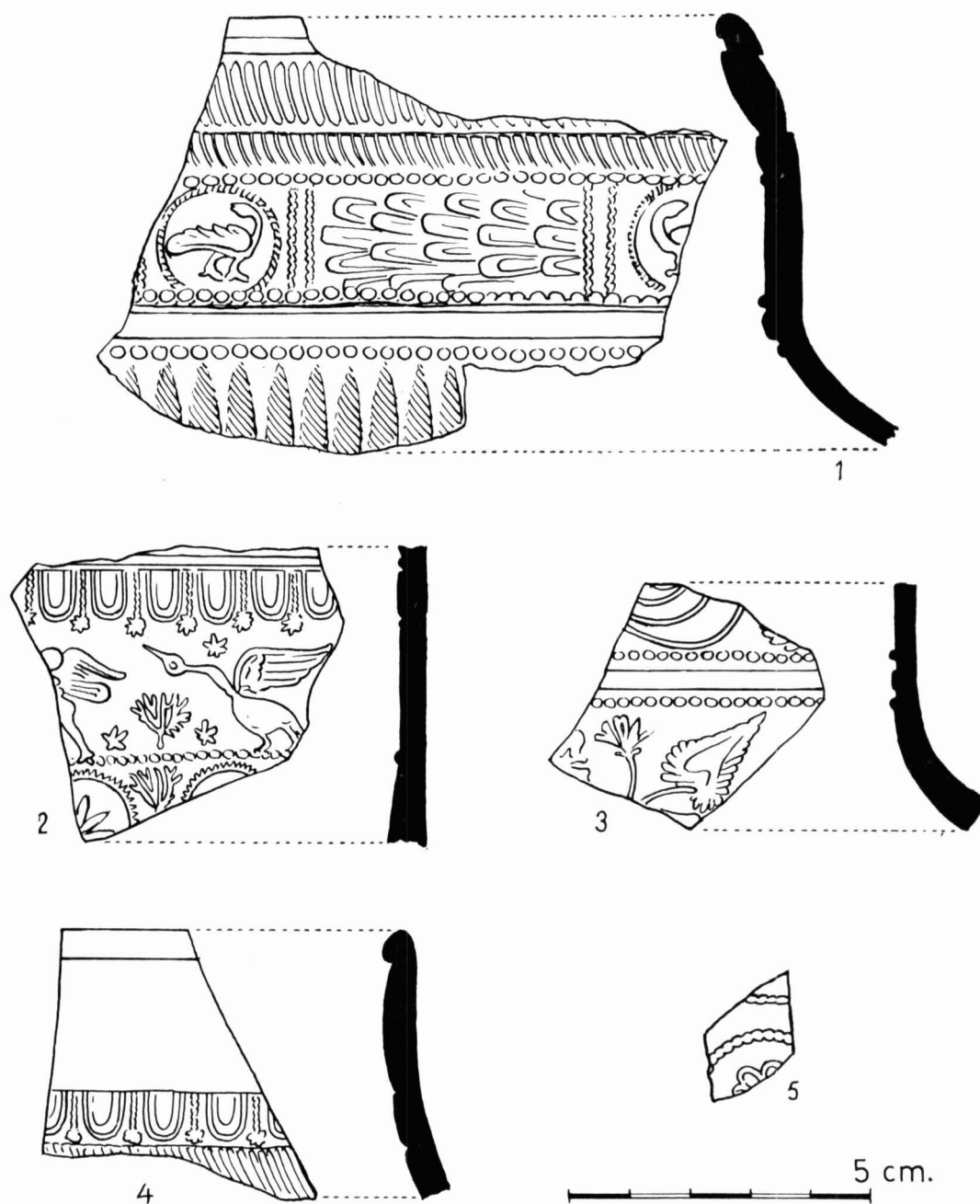


Fig. 6. — Fragmentos de vasos de «terra sigillata». 1, sudgálica, Drag. 29 (época (Tiberio-Vespasiano) ; 2, sudgálica, Drag. 30 (época Tiberio-Vespasiano) ; 3, sudgálica, Drag. 29 (época Tiberio-hasta mediados del siglo II) ; 4, sudgálica, Drag. 37 (época Nerón-Trajano), y 5, hispánica.

rojizo sin barnizar. Unos fragmentos recuerdan la cerámica de Acco, y otros debieron estar decorados con líneas incisas.

Aparecieron también olpes de cuello alto y estrecho, con borde pronunciado hacia afuera y asa que empieza en la parte alta y

boca circular, con una asa que empieza en el borde y termina en la panza, y con una acanaladura en el pie, y en otros casos de base plana.

También recogimos fragmentos de vasijas rojas, en forma de plato profundo, sin

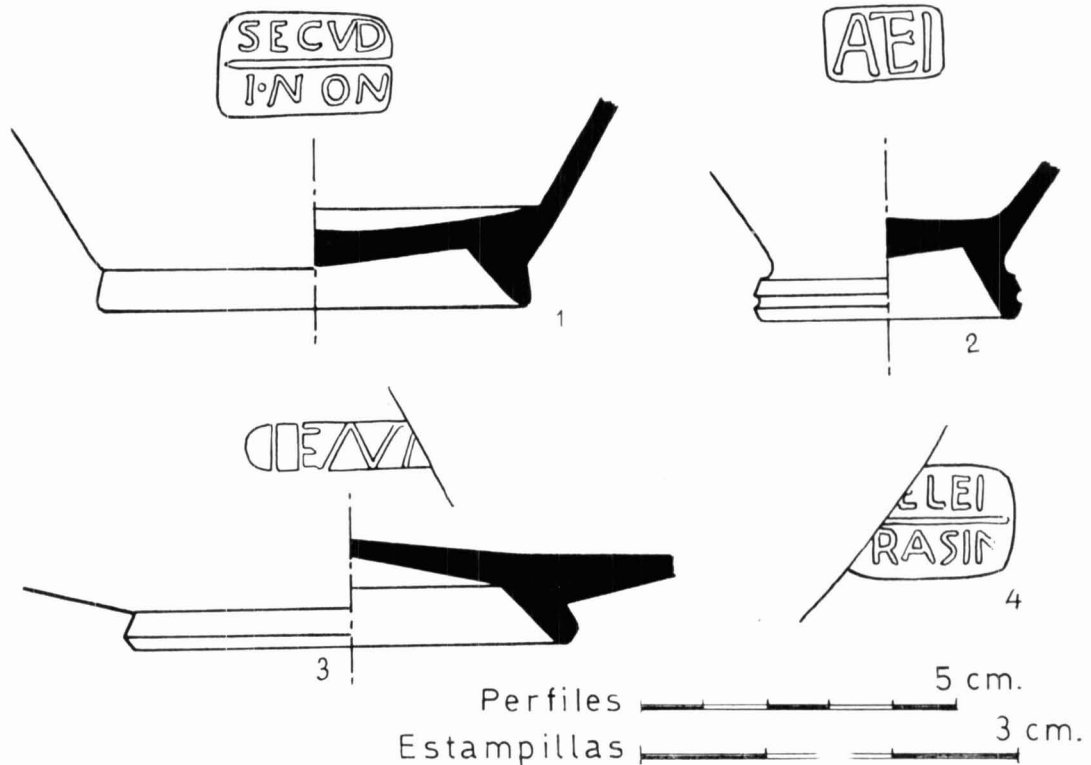


Fig. 7. — Fragmentos de fondo de «terra sigillata» sudgálica, con estampilla. 1, forma Ritterling 5, con estampilla del taller de Secundus (época Claudio-Domiciano); 2, forma Ritterling 5, con estampilla del taller de Ateius (época de Augusto), y 3, forma Dragendorf 16.

pared del cuello y termina en los hombros del vaso. Los hay piriformes, de barro amarillento, boca ancha y marcada por un ribete circular. Más escasos son los fragmentos de olpes de cuello alto y estrecho, de pasta rojiza, que terminan con un borde saliente y una asa.

Abundan los fragmentos de jarras de varios tamaños, que se distinguen por tener el cuello corto y un pico para verter; de jarritas de barro rojizo bitroncocónicas, de

borde, con carena y con pie pequeño. Otras, en forma de ollita esférica, color rojizo, con labio vuelto y una asa pequeña sobre la panza, y las de forma parecida, de arcilla fina, boca circular y borde saliente, que conservan restos de barniz rojo.

Los morteros son de paredes gruesas, borde redondo y fondo ancho y plano. El barro rojo recuerda el de las ánforas.

Las tapaderas son, por lo general, de tamaño pequeño, en forma de disco y con un

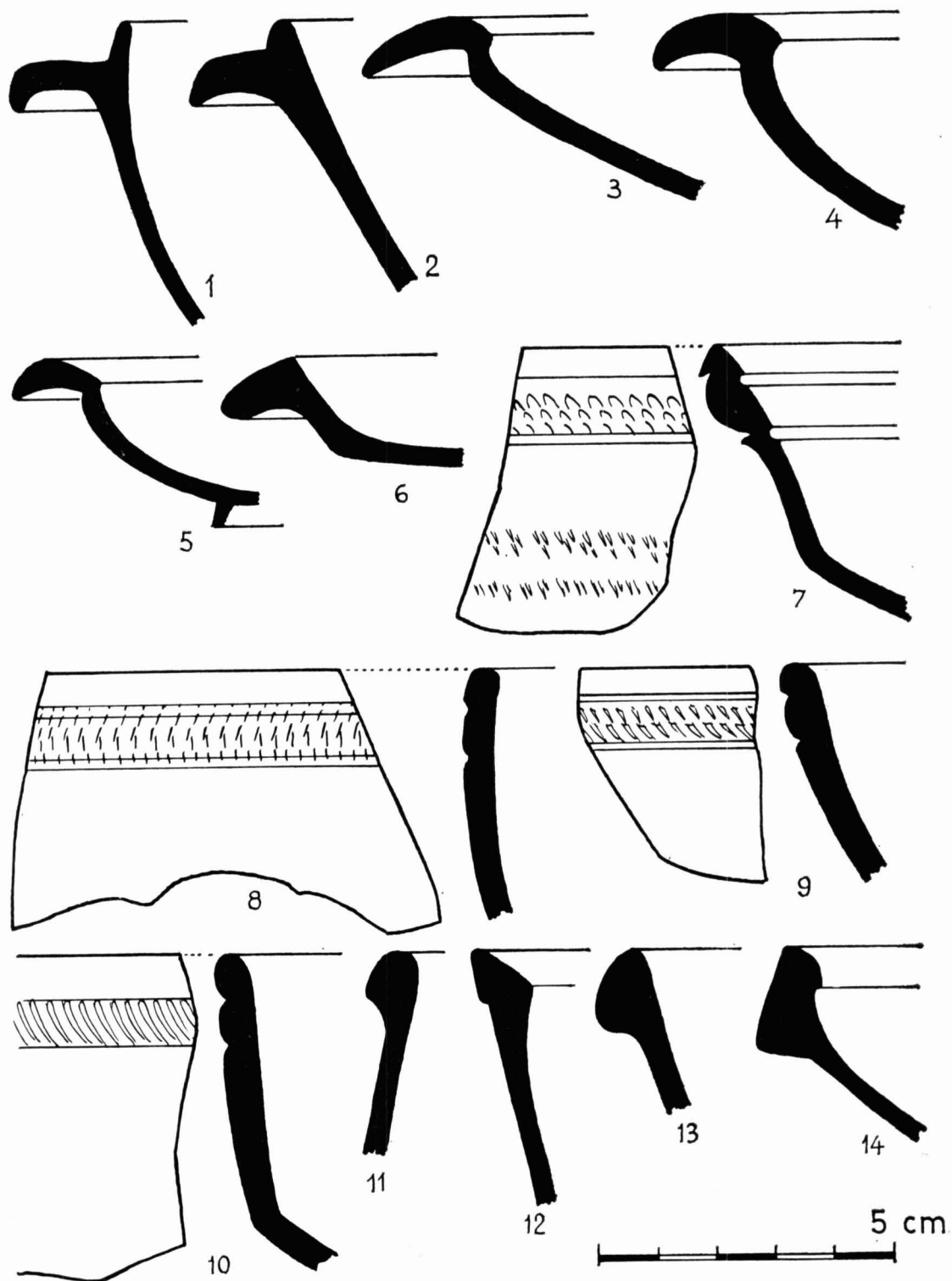


Fig. 8. -- Fragmentos de borde de «terra sigillata» clara, tipo A, correspondientes al siglo II. 1 y 2, forma 24/25; 3, 4, 5 y 6, forma 4/36; 7, forma 1 a, y 8, 9 y 10, forma 2 a.

pivote liso en el centro. Algunas de ellas son de fabricación deficiente y desigual, de barro rojo oscuro y marrón gris.

La «terra sigillata clara», pese a no ser muy abundante, es variada, lo que permite incluir el dibujo de los fragmentos más interesantes (fig. 8). Dos de ellos, que se unen, son los únicos que permiten conocer el perfil

CIVDRAC



Fig. 9. — Lucerna romana, forma Dressel 20. Mide 10,8 cm. de longitud.

completo de un vaso. Los restantes, aunque muy incompletos, corresponden a tipos conocidos en varios yacimientos, que han sido publicados en las clasificaciones de N. Lam-

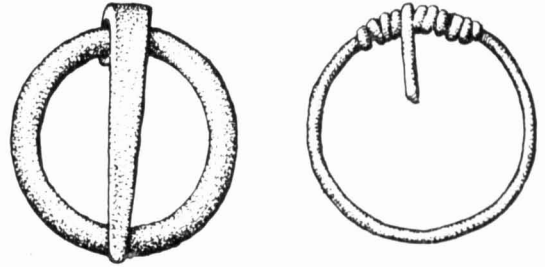


Fig. 10. — Hebilla y fíbula fragmentada de bronce. Miden 3,6 y 3,7 cm. de diámetro, respectivamente.

boglia con dibujos que completan el perfil.³

Únicamente fue hallada una lucerna entera de tipo pagano (fig. 9 y lám. 1, 1), con una cara vista de frente en el centro del medallón y la marca del alfarero en el fondo. Estaba cerca de la cabeza del esqueleto del enterramiento n.º 27. Por ser de una época muy antigua, creemos que fue transportada con las tierras de relleno. Los fragmentos de otras lucernas, todos ellos sin decoración, son muy escasos.

Además de la cerámica referida, debemos mencionar tres clavos de bronce, una hebilla y parte de una fíbula del mismo metal (fig. 10). La numismática está pobremente representada por una sola moneda de difícil clasificación. Los hallazgos de fragmentos de vidrio han sido muy escasos y no permiten reconocer formas.

3. NINO LAMBOGLIA, *Nuove osservazioni sulla «Terra sigillata chiara» (Tipi A e B)*, en *Rivista di Studi Liguri*, Luglio-dicembre, 1958, p. gs. 257-330, y, *Nuove osservazioni sulla «Terra sigillata chiara» II (Tipi C, lucente e D)*, en *Rivista di Studi Liguri*, Gennaio-dicembre, 1963, pags. 145-212.

LAS ÁNFORAS, COMO ELEMENTO DE DATACIÓN

Como hemos dicho, los fragmentos de cerámica hallados en el estrato romano no tienen relación con las tumbas, que estaban absolutamente desprovistas de objetos de ofrenda y de ajuar.

Por ello hemos de recurrir a las ánforas empleadas como ataúd para tener elementos seguros para la datación de la necrópolis (figs. 11, 12 y 13, y lám. 11, 2).

Para este fin hemos escogido las de un solo tipo, que por su cantidad y por el hecho de hallarse repartidas por toda el área excavada, tanto en la parte más profunda como en la más superficial, las consideramos suficientes para determinar una fecha con cierta aproximación.

Se trata de un tipo de ánfora bien conocido en otros yacimientos barceloneses, que corresponde al n.º 26 de la clasificación Dressel (figs. 11 y 12). Por tratarse de ánforas de grandes dimensiones se adaptaron perfectamente a la finalidad funeraria, y es un tipo muy abundante en casi todas las necrópolis romanas de época tardía. Nada sabemos del contenido original que tuvieron, ni de las materias comerciales que transportaban, ni del lugar donde fueron fabricadas. Se caracterizan por tener el cuerpo cilíndrico, el cuello alto ligeramente cónico y el borde de la boca saliente hacia afuera, con frecuencia en forma de moldura y también de sección triangular, bordón redondeado y asas lisas o insinuando estrías. La parte inferior termina con un pivote liso macizo, o que presenta una sencilla moldura y está hueco.

En un estudio tipológico de las ánforas

de la plaza del Rey de Barcelona, de Ricardo Pascual,⁴ se publican datos de gran interés sobre las ánforas de este tipo, relacionándolas con las de otros yacimientos, de los que aporta noticias para establecer, hasta donde sea posible, una cronología. Menciona cuatro ánforas, que fueron utilizadas como ataúdes, de la necrópolis tardo-romana que ocupaba el nivel superior de la referida plaza. Esta necrópolis fue excavada y publicada por A. Durán y Sanpere,⁵ quien halló dichos enterramientos constituidos por una sola ánfora partida y vuelta a juntar después de introducido el cadáver en el interior.

Ricardo Pascual, con las debidas reservas, formula la hipótesis de que el estrato superior de la Plaza del Rey contenía una necrópolis que empezó a usarse a mediados del siglo v y que perduró hasta principios del vi. Continúa diciendo que es bien sabido que en aquella época una catedral se componía de varios edificios, basílica de los fieles, baptisterio, casa del Obispo, etc., todo ello rodeado de sepulcros. Sin duda, los enterramientos de la Plaza del Rey formaban parte de un conjunto semejante, cuyos restos se hallan debajo de la Catedral, y que, según E. Junyent, pertenece al s. v.⁶

Durán y Sanpere, que dirigió la excavación, dice que, a juzgar por el aspecto general de los enterramientos, por la cerámica aparecida en su mismo nivel y por los objetos de metal hallados en su vecindad inmediata, debe fecharse entre los siglos vi y vii, como límite moderno. El límite antiguo lo da la ciudad romana posterior a las

4. RICARDO PASCUAL GUASCH, *Las ánforas de la Plaza del Rey*, en *Ampurias*, xxv, 1963, págs. 224-234.

5. A. DURÁN Y SANPERE, *Vestigios de la Barcelona romana en la Plaza del Rey*, en *Ampurias*, v, 1943, págs. 54-77.

6. E. JUNYENT, *L'Art Català*, Barcelona, 1955, pág. 97.

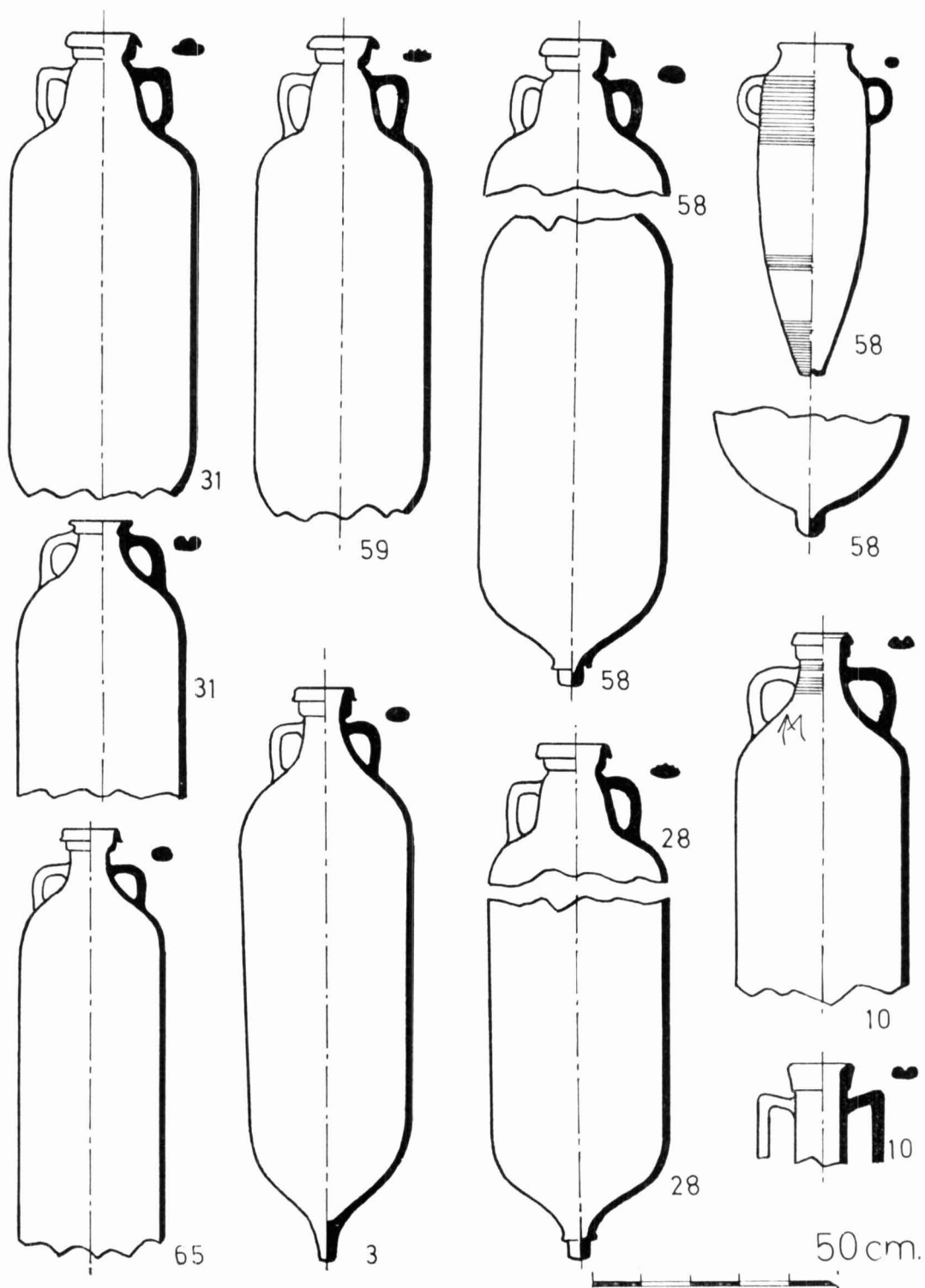


Fig. 11. — Anforas utilizadas para enterramientos de la necrópolis de Santa María del Mar. 31, 59, 58 izquierda, 65, 3, 28 y 10 superior, forma Dressel 26; 58 derecha, forma Almagro 54; y 10 inferior, forma Dressel 1. (Los números corresponden a las sepulturas.)

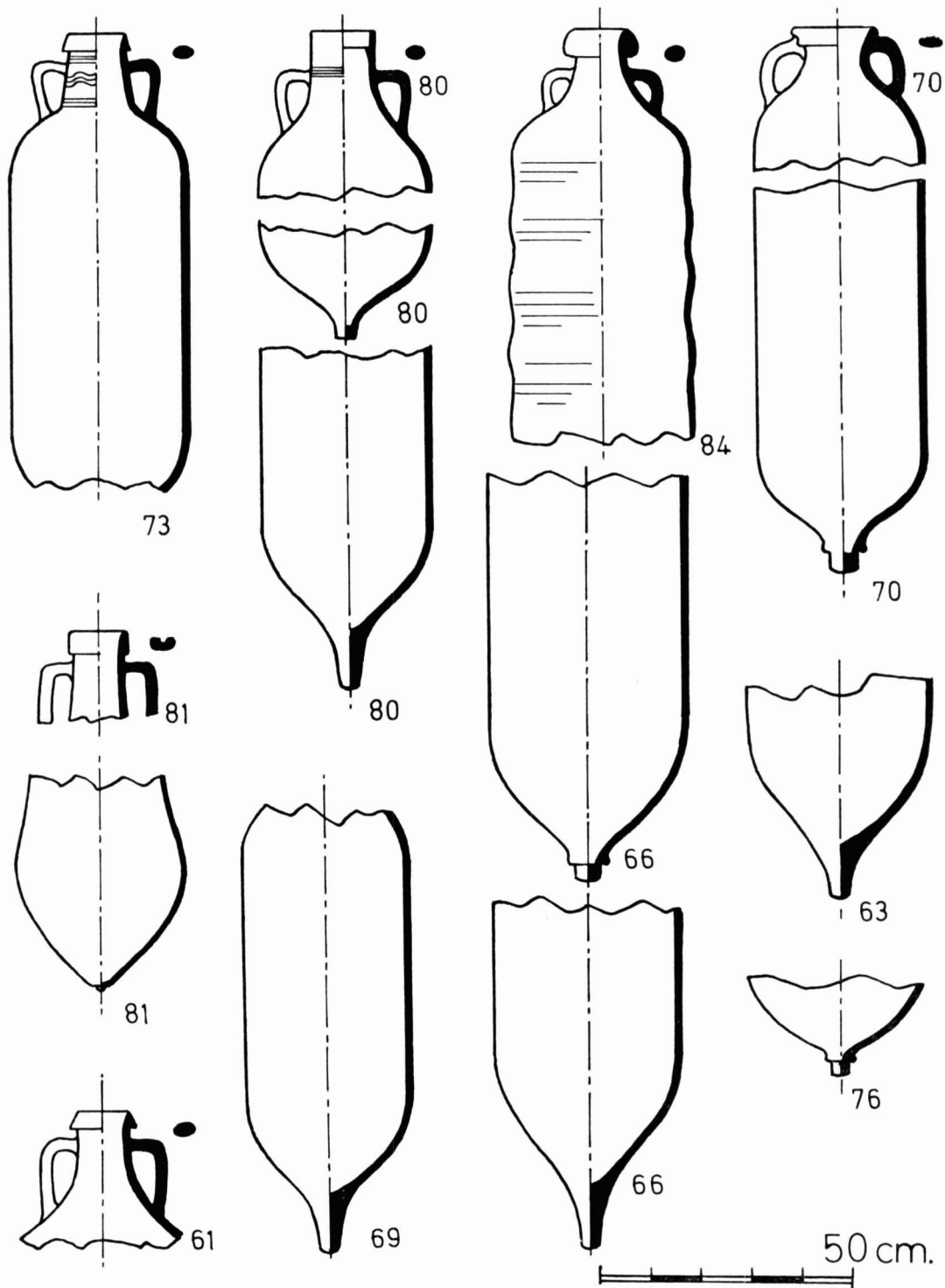


Fig. 12. — Ánforas utilizadas para enterramientos de la necrópolis de Santa María del Mar. 73, 84 y 70, forma Dressel 26, y 80, forma Almagro, 52.

murallas del siglo IV, sobre cuyas ruinas, ya cubiertas entonces por una gruesa capa de tierra, fueron abiertos los sepulcros. La proximidad de esta necrópolis con respecto a la Catedral actual permite suponer que pudo haber tenido alguna relación con el primer templo catedralicio, ya existente en el siglo IV, con emplazamiento muy semejante, según parece, al templo actual.⁷

Otra necrópolis cercana, relacionada con la colonia romana, se descubrió al abrir las zanjas para la cimentación del nuevo edificio del Gobierno Militar, situado hacia el final de la Rambla, en la manzana limitada por las calles de Anselmo Clavé, Parque, Paseo de Colón y Puerta de la Paz. Se trata de una necrópolis humildísima, en la que la mayoría de las sepulturas estaban formadas por simples ataúdes de madera, de los que solamente han quedado los esqueletos y algunos clavos de hierro empleados en las cajas; también las hay de tégulas y de ánforas.⁸

Sólo se excavó una pequeña parte de esta necrópolis, ya que sólo el extremo meridional de la misma penetraba en el área de las obras del Gobierno Militar, prolongándose por debajo de la calle de Anselmo Clavé y de las casas del otro lado de esta calle. Este yacimiento tiene interés para nosotros, por la semejanza, en cuanto a la configuración general de la necrópolis, con la de Santa María del Mar, y por presentar los mismos tipos de enterramiento en ánfora.

En la misma Carta Arqueológica⁹ se da cuenta de otra necrópolis que fue descubierta detrás del Hospital de San Pablo. Se cree que perteneció a un núcleo rural del Llano de Barcelona, pues su alejamiento de

la ciudad, superior a los 3 Km., no permite relacionarla con ésta. Es un cementerio con enterramientos de tégulas, ánforas y simples fosas clavadas en el suelo.

Ánforas iguales o parecidas a las de Santa María del Mar han sido halladas en otros yacimientos, proporcionando datos cronológicos interesantes, y aunque tipológicamente no son del todo exactas, pueden considerarse como emparentadas. Éstos son: las necrópolis de Ampurias, de Tarragona y de la iglesia de Santa María de Terrassa.

La necrópolis ampuritana de Castellet, según el profesor Almagro,¹⁰ es pobre y pequeña, de época tardía, de hacia el siglo III, a juzgar por los tipos de ánforas utilizadas como ataúd, que deben considerarse contemporáneas de los enterramientos. Menciona una gran ánfora, de más de 1 m. de longitud y casi medio de anchura, que corresponde al tipo Dressel 26. La cronología de esta pieza se sitúa en el final del siglo II de nuestra Era. Se trata del único ejemplar de dicho yacimiento que es semejante a los de Santa María del Mar, pero su tamaño es más grande y es de fabricación muy tosca.

Más abundantes son las piezas halladas en las necrópolis ampuritanas Estruch, que contenía quince, y Martí, que contenía dieciséis, que, según Almagro,¹¹ están en probable sucesión cronológica. Dicho investigador llega a la conclusión de que cuanto mayor es el porcentaje del tipo Dressel 26, mayor es la modernidad del yacimiento, proponiendo una cronología que va del siglo IV al VII.

En la necrópolis Estruch se encontró una ánfora semejante a la de Castellet, que presenta, además, un pivote moldurado, que

7. A. DURÁN Y SANPERE, *Vestigios de la Barcelona romana...*, citado, págs. 66-69.

8. MARTÍN ALMAGRO BASCH, JOSÉ DE C. SERRA RÀFOLS y JOSÉ COLOMINAS ROCA, *Carta Arqueológica de España, Barcelona*, Madrid, 1945, pág. 74.

9. ALMAGRO, SERRA-RÀFOLS, COLOMINAS, *Carta Arqueológica ...*, citado, pág. 75.

10. MARTÍN ALMAGRO, *El recinto sepulcral de El Castellet*, en *Archivo Español de Arqueología*, Madrid, 1951.

11. MARTÍN ALMAGRO, *Las necrópolis de Ampurias*, Barcelona, vol. II, 1955.

recuerda las barcelonesas. Este detalle ha sido observado por Pascual en un ejemplar de la necrópolis Estruch, cuya forma es bastante diferente de las anteriores, pero aparece idéntica en el yacimiento de Santa María del Mar. Estas ánforas se suponen del siglo IV. De época más tardía se considera una pieza de la necrópolis Martí, cuyo perfil se ha hallado también en los cementerios barceloneses. Hay ánforas de Santa María del Mar que tienen cuello adornado con líneas incisas lisas y onduladas, como hemos apreciado en un ejemplar de la necrópolis Estruch que se cree del siglo IV, y en otros de la necrópolis cristiana de Tarragona que se consideran de la misma época.

Las ánforas de Terrassa fueron halladas como material de relleno sobre la bóveda del ábside de la iglesia de Santa María, de la misma forma como se descubrieron otras en las primitivas catedrales de Barcelona y Tarragona, y en el baptisterio de Albenga.¹² Tienen el perfil del cuello, con borde ancho liso, igual que los fragmentos que hemos hallado en las juntas de sepulturas de tegulas, nunca en ánforas como ataúd, y el pivote moldurado, como es frecuente en nuestra necrópolis. La fecha del ábside de Terrassa ha sido motivo de varias polémicas. La Sede de Egara fue fundada en el año 450 por el obispo de Barcelona Nundinarius, que dividió su diócesis por considerarla demasiado grande. Este hecho supone que en aquella fecha existía allí un núcleo de cristianos al que pertenecía el mosaico romano que se conserva «in situ».¹³ El ábside que nos interesa parece corresponder a un segundo templo, del cual existen otros vestigios, que algunos historiadores

consideran pre-románicos de hacia el siglo IX. De ello han surgido dos hipótesis: la primera sitúa las ánforas en un tiempo posterior al año 450 y anterior al 614, y la segunda las sitúa en el siglo IX. Hoy día, sin embargo, se tiende a admitir la fecha antigua, porque la invasión árabe acabó con la tradición romana de fabricar y utilizar ánforas.

Por otra parte se supone que el obispo Irineo construyó el baptisterio de la segunda catedral de Egara, que le dio un nuevo carácter episcopal en el conjunto de los edificios sagrados. La piscina tiene la planta cuadrada ligeramente alargada, de lados curvilíneos abiertos hacia el exterior, igual que la del baptisterio de la catedral italiana de Albenga, en la costa de la Liguria. Esta parte del baptisterio parece fecharse hacia mediados del siglo V.¹⁴

Formando parte de la construcción de la cúpula del baptisterio de Albenga fueron hallados, en 1899, unas treinta ánforas, de las que la mitad, aproximadamente, corresponden al tipo Dressel 26. La mayoría tienen un parecido con las de Santa María del Mar, y algunas son idénticas. Se ha podido comprobar que el baptisterio de Albenga fue construido en la primera mitad del siglo V, y como en el de Terrassa, el hallazgo de las ánforas fue motivo de polémica para determinar su datación. El profesor Nino Lamboglia ha podido afirmar actualmente que la cúpula donde fueron halladas las ánforas es contemporánea al resto de la construcción, y uno de sus argumentos, aparte de ciertos detalles estructurales, es una ánfora con una interesantísima estampilla donde se lee el nombre del emperador Teodosio.¹⁵

12. JOSEP PUIG I CADAFALCH, *Noves descobertes a la catedral d'Egara*, Barcelona, 1928, págs. 9 y 18.

13. J. PUIG I CADAFALCH, A. DE FALGUERA I J. GODAY, *L'Arquitectura romànica a Catalunya*, Barcelona, 1909, vol. I, págs. 306-333.

14. JOSEP PUIG I CADAFALCH, *Noves descobertes a la catedral d'Egara*, citado, pág. 13.

15. N. LAMBOGLIA, *La questione della cupola del battistero di Albenga*, en *Studi in onore di Aristide Calderini e Roberto Paribeni*, Milano, 1956, vol. III, págs. 731-746.

Del mismo tipo e igual que algunas de las de nuestro yacimiento es otra ánfora que publica Lamboglia, que apareció en una tumba de la necrópolis de Perti, en la Liguria, y que estaba acompañada de un vaso vítreo de fines del siglo IV o principios del V.¹⁶

Las ánforas halladas en la necrópolis paleocristiana de Tarragona son numerosas y de difícil cronología, por su diversidad y por tratarse de un yacimiento de varios siglos de duración. Algunas se asemejan a las de Santa María del Mar y otras son idénticas. La cronología de la necrópolis tarraconesa, según Serra Vilaró,¹⁷ comprende los siglos III, IV y V, o sea, desde la ejecución de los santos mártires de Tarragona: Fructuoso, Augurio y Elogio, sepultados en el mismo cementerio, hasta la invasión de los visigodos, que destruyeron la basílica, y la necrópolis fue abandonada. Las monedas del siglo IV se hallaron a centenares y se encontraron también cinco inscripciones con una indudable fecha consular correspondiente a los años 394 al 471.

Según Gudiol,¹⁸ para fechar esta necrópolis existen datos seguros que se deducen de los textos de las lápidas sepulcrales: años 393, 460, 471 y 503; y añade que de todos modos es probable que fuese utilizada ya en el siglo III y abandonada a mediados del VI.

Serra Vilaró, en otro estudio,¹⁹ dice que es indudable que en tiempo de la necrópolis Tarragona estaba en ruinas, según lo atestiguan los materiales utilizados que proceden de grandes y pequeñas construcciones. Las mismas tegulas, antes que en los

sepulcros, habían estado colocadas en los tejados, según se desprende del hollín, de los agujeros, y de que algunas conservaban todavía los clavos de hierro con que estuvieron sujetas a las vigas. Continúa exponiendo lo que dicen los historiadores sobre la incursión de los bárbaros del norte, que a mediados del siglo II atravesaron la Península, destruyendo en 260 la ciudad de Tarragona. A últimos del siglo IV y a principios del siglo siguiente la formidable avalancha, llamada bárbara, caía sobre el Imperio romano, y en el año 409 penetraba impetuosamente en la Península Ibérica. Tarragona también fue destruida en aquella ocasión, según la noticia de un testigo ocular del año 414,²⁰ que se confirma en esta necrópolis, que ya existía durante aquellas turbulencias, y que, según consta en una inscripción del año 392, sufriría también los efectos de dicha devastación, como lo puede indicar el hallazgo de dos inscripciones cristianas que figuraban como material constructivo de sepulcros.

J. Serra Vilaró atribuye la basílica al siglo V, y prueba, por la necrópolis, que los grandes monumentos de la Tarragona Imperial fueron destruidos en los siglos III y V, y no por la invasión visigótica. De este triste estado de la ciudad y de la pobreza de los individuos cree que son muestra unos enterramientos constituidos por una ánfora en la que introdujeron un cuerpo y cubrieron las piernas del difunto con dos medias tegulas, o bien constituidos por un ataúd construido con la parte inferior de una ánfora y dos tegulas a doble vertiente, con la parte de la cabecera en el ánfora. Care-

16. N. LAMBOGLIA, *La necropoli romana di Perti (finale)*, en *Rivista Ingauna e Intermelia*, XII, 1957, págs. 31-47.

17. J. SERRA VILARÓ, *Sepulcros y ataúdes de la Necrópolis de San Fructuoso*, en *Ampurias*, VI, 1944, págs. 206-207.

18. JOSEP GUDIOL I CUNILL, *Nocions d'arqueologia sagrada catalana*, Barcelona, 1931, pág. 108.

19. JUAN SERRA VILARÓ, *Excavación en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona*, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid, 1929, pág. 81.

20. PABLO OSSORIO, *Hispaniarum aduersum paganos*, Libri VII, Lipsiae, 1889, VI.

ciendo de tegulas suficientes para la construcción de un sepulcro lo completaron con el fondo de una ánfora; en otros se utilizaron tegulas fragmentadas y otras enteras, y era común el uso de ánforas en lugar de ímbrices, entre las juntas de las sepulturas de tegulas.

Hemos hecho estas observaciones sobre algunas circunstancias históricas y sobre la pobreza de las sepulturas de la necrópolis tarraconense, por tratarse de aspectos que se repiten de un modo idéntico en la necrópolis de Santa María del Mar.

En la necrópolis paleocristiana de Tarragona el número de ánforas sobrepasa las 400, todas ellas más o menos rotas, debido a la presión de las tierras que las cubrían, y por haber sido seccionadas por uno de los extremos para introducir el cadáver. Algunas de ellas fueron restauradas, otras permanecieron «in situ» para ser visitadas y las más fragmentadas fueron almacenadas. Unas treinta piezas, las más completas, debidamente restauradas, se instalaron en el Museo. Ellas han servido de base a Ricardo Pascual para un estudio cronológico que, bajo el título de *Les ànfores de la necròpolis paleocristiana de Tarragona*, será publicado próximamente en el *Boletín Arqueológico de Tarragona*, y que, gracias a las particulares atenciones de este nuestro amigo, hemos podido consultar.

Dice Pascual que la duración de la necrópolis tarraconense, que, según Serra Vilaró, se fechaba desde principios del siglo III al VI, constituye un larguísimo período dentro del cual deben situarse las ánforas de cada tipo. El mismo autor ha intentado la difícil labor de establecer una fecha más o menos exacta de las piezas, estudiando a fondo las características de cada una y relacionándolas con las de otros yacimientos cuya fecha es segura. Consultó las distintas

memorias que redactó Serra Vilaró, donde se mencionan los materiales arqueológicos hallados durante la excavación, y aunque esta excavación se llevó a término con todo el rigor científico de aquel momento, hemos de tener en cuenta que los métodos y los conocimientos, con los años transcurridos, han experimentado un notabilísimo adelanto.

Por otra parte, es evidente la falta de atención otorgada a los materiales de época tardía con relación a los anteriores, y además, en lo referente a las ánforas, por la circunstancia de su naturaleza, observa Pascual que el estudio resulta muy complicado. Debe tenerse en cuenta que su finalidad fue puramente comercial, para contener y transportar ciertos productos, y que fueron utilizadas durante varios siglos y fabricadas en una enorme variedad de tamaños y formas, de modo que casi es imposible realizar una seriación. La evolución tipológica de estas ánforas de momento es hipotética, pues se remonta su aparición a una época muy lejana. Especialmente en Italia, donde han sido halladas en diversos yacimientos muy primitivos como Pompeia, se generalizaron en el siglo III y principios del IV, como se desprende de las piezas de Tarragona y Ampurias, donde se refleja su evolución, y continuaron utilizándose en épocas posteriores. Las más tardías son las de Albenga, Perti y algunas de Tarragona, que permiten situar las barcelonesas en el siglo V y las de Terrassa en un momento algo posterior.

Hasta este momento hemos estudiado las ánforas como elemento de datación de la necrópolis de Santa María del Mar, logrando llegar a ciertas conclusiones con un margen cronológico demasiado extenso. Por otra parte, recurriendo a la cerámica del estrato de la necrópolis, en especial la cerámica estampada, hemos podido conocer con rela-

tiva aproximación la fecha más antigua — final del siglo IV o principios del V —. Las ánforas, comparándolas con las de Albenga, Perti y algunas de Tarragona, Ampurias y Terrassa, nos señalan el final de la necrópolis en la primera mitad del siglo VI.

Al poder incluir estas ánforas correspondientes al n.º 26 de la clasificación de Dressel en la primera mitad del siglo VI,

automáticamente quedarán situadas como contemporáneas las ánforas de los otros tipos. La única excepción la representan los cuellos sueltos que figuraban en las sepulturas 10, 81 y 61, que corresponden a una tipología mucho más antigua, y que debemos suponer de otra procedencia. Lo mismo sucede con algunas tegulas y otros materiales aprovechados de anteriores construcciones desaparecidas.

DESCRIPCIÓN DE LAS SEPULTURAS

N.º 1. — Construida sobre dos paredes de mampostería, paralelas, en forma de canal, sobre una solera de tegulas. Presenta una curvatura muy acusada hasta empalmar con el albañal. Una de las paredes fue destruida para dar mayor anchura a la sepultura, y se rehízo con piedras sueltas, fragmentos del borde de un dólum y barro amasado. Sobre el esqueleto había fragmentos de ladrillos y de ánforas, y piedras, que debieron formar la cubierta. La curvatura de la pared obligó a situar el cadáver en una posición violenta.

N.º 2. — Estaba formada por cuatro tegulas inclinadas en cada lado, de manera que su sección era triangular (lám. I, 2). En cada extremo había una tégula de cierre, los contornos estaban protegidos con piedras sueltas y las juntas cubiertas con arcilla muy compacta. Descansaba sobre cinco tegulas alineadas.

N.º 3. — En el interior de una ánfora, Dressel 26, cortada por el cuello por debajo de las asas (fig. 13). El propio cuello fue vuelto hacia adentro para servir de tapadera. Parte de los lados y la boca estaban protegidos con piedras y barro. En el interior había el esqueleto de un niño de unos 40 cm. de altura.

N.º 4. — Formada por cuatro tegulas en cada lado, dispuestas a dos vertientes, y otra en un extremo como cabecera (lám. II, 1). El extremo de los pies estaba abierto. Sólo había un ímbrice en una junta, y sobre una parte de la sepultura se habían extendido fragmentos de ánforas y de ladrillos. Las juntas estaban

tapiadas con barro, a excepción del extremo de los pies. Descansaba sobre cinco tegulas.

N.º 5. — En ataúd de madera, del que sólo se conservaban dos clavos de hierro, uno a cada lado de la espalda del individuo. Sobre la cabeza había una tégula, que al quedar aquella parte hueca por descomposición del cráneo, sufrió un desplazamiento, alejándose del cuerpo y quedando boca abajo.

N.º 6. — En ataúd de madera, de forma trapezoidal, contorneado con piedras desiguales, restos de ladrillos y de tegulas, barro y algunas piedras pequeñas y fragmentos de cerámica introducidos a modo de cuña. Al descomponerse la madera las piedras se inclinaron hacia el interior. Varias piedras y ladrillos rotos que se encontraron sobre el esqueleto debieron formar un suelo sobre la caja. Este enterramiento, igual que los anteriores, fue hallado sobre la arena allanada.

N.º 7. — En ataúd de madera (lám. II, 1). La construcción de esta sepultura coincidió con las n.º 9 y 19, lo que motivó la pérdida de la cabecera en la primera y parte de las piernas en la segunda. El ataúd estaba colocado en sentido perpendicular sobre una hilera de tegulas en ambos lados, y en la parte externa se colocaron cuidadosamente las piernas que habían sido extraídas del enterramiento número 19, construyendo en los cotornos una pared de piedras y ladrillos, con un ensanchamiento obligado por los restos de los lados. Tenía una cubierta de piedras pequeñas, fragmentos de cerámica y una tegula sobre los pies.

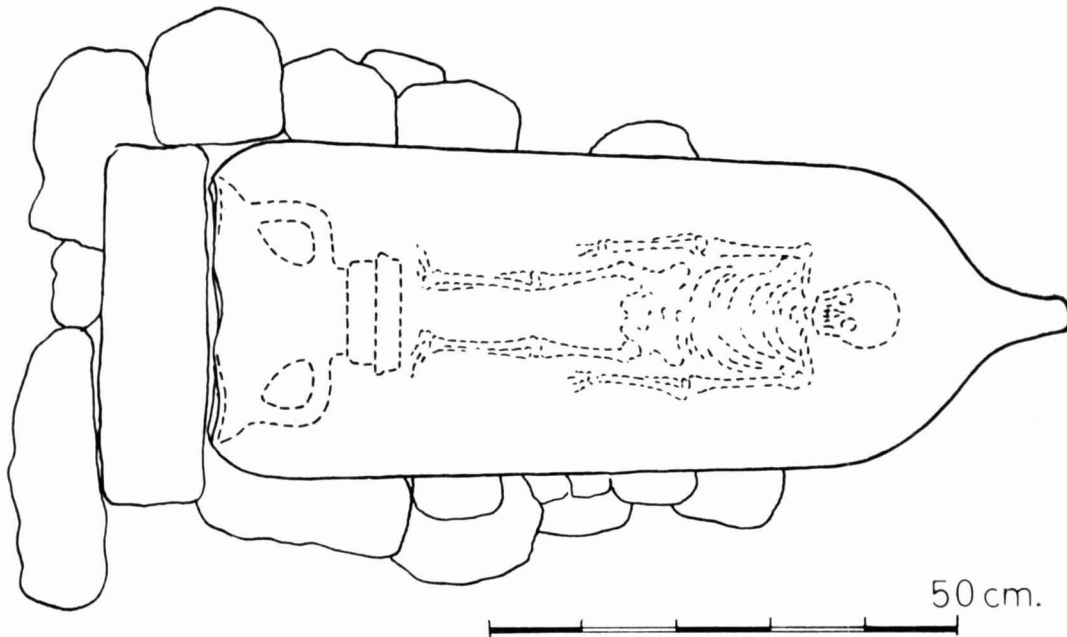


Fig. 13. — Planta de la sepultura en ánfora n.º 3 de la necrópolis de Santa María del Mar.

N.º 8. — Compuesta por la mitad de una ánfora seccionada longitudinalmente; contenía el esqueleto de un recién nacido situado como si estuviera descansando en su propia cuna. Estaba colocado sobre el pecho de un adulto, que sin duda debió ser su madre.

N.º 9. — Formada por tres tegulas en cada lado, a dos vertientes. La cabecera, como hemos dicho, fue destruida por el enterramiento n.º 7, por lo que el cráneo allí situado fue cuidadosamente colocado en el interior de la propia tumba sobre las costillas. El extremo de los pies estaba tapado con un grueso fragmento de dólum y los lados protegidos con fragmentos de ánforas, algunas piedras y barro en las juntas. Fue construida sobre un suelo de tegulas.

N.º 10. — Es de construcción mixta. La mitad correspondiente al extremo de las piernas estaba formada por las dos terceras partes de una ánfora, Dressel 26, y un cuello, variante o forma nueva del tipo Dressel 1, y la otra mitad estaba formada por dos tegulas en cada lado, y varios fragmentos de ánforas protegían las juntas. Estaba construida sobre un piso de tegulas, de las que

una estaba colocada como cierre de la cabecera. El cuello del ánfora de este enterramiento estaba decorado con líneas lisas incisas y un grafito hecho rápidamente con una punta cortante.

N.º 11. — En ataúd de madera, sobre un piso de pequeñas piedras y barro.

N.º 12. — De idénticas características que la anterior.

N.º 13. — En ataúd de madera, protegido, por un lado, con una gruesa piedra alargada y, por el otro, con una piedra más pequeña y unos fragmentos de ánforas en la cabecera. Había un clavo de hierro al lado de la cabeza.

N.º 14. — En ataúd de madera, protegido, por un lado, con una piedra que lo separa de la sepultura anterior, y, por el otro, con una pared de piedras desiguales y mortero de cal.

N.º 15. — Fue construida en el interior de la arena firme en una fosa cuadrangular de 1 m. de longitud por 35 cm. de anchura y 35 cm. de profundidad, revocada con barro. Contenía el esqueleto de un niño de 85 cm.

de altura. La cubierta estaba formada por dos tégulas contorneadas con arcilla amasada. En ambos lados, junto a la cabeza, había dos clavos de hierro. Este enterramiento estaba situado bajo el n.º 5.

N.º 16. — En caja de madera, sin ninguna protección.

N.º 17. — Construida con dos hileras de tégulas inclinadas, formando doble vertiente. Había cinco tegulas en cada lado y una de cierre en cada extremo. En algunas juntas había ímbrices y fragmentos de ánforas ajustadas con barro, y algunas piedras sueltas en los lados. El interior contenía un esqueleto de cerca de 2 m. de altura. La parte de la cabecera fue destruida, para poder colocar las piernas del cuerpo del enterramiento n.º 18, que se situó en sentido perpendicular. El cráneo de dicha cabecera fue colocado cuidadosamente en el interior de su propia tumba, sobre las costillas.

N.º 18. — En ataúd de madera. Las piernas del inhumado cruzan la sepultura n.º 17.

N.º 19. — Se conservaban dos terceras partes. Se trataba de un ataúd de madera protegido, por un lado, con piedras y barro, y la cabecera, con fragmentos de ánforas. Como hemos dicho, las piernas fueron colocadas en los lados del enterramiento n.º 7.

N.º 20. — Compuesta por un ataúd de madera, de forma trapezoidal, con los lados protegidos con paredes de mampostería de piedras desiguales, cal y barro. La mitad de estas paredes fueron destruidas por el enterramiento n.º 7.

N.º 21. — En ataúd de madera. Parece que, junto con el enterramiento n.º 8, formaban una sola sepultura. Al lado del esqueleto fueron hallados cuatro clavos de hierro.

N.º 22. — En caja de madera, que descansaba sobre un piso formado por argamasa de barro, pequeñas piedras y fragmentos de ánforas, que se extendía por debajo de la sepultura n.º 30, que estaba en el mismo nivel, para separarlas de los enterramientos n.º 23 y 31, que figuraban a mayor profundidad.

N.º 23. — En ataúd de madera, colocado sobre el albañal. El extremo de la cabecera estaba protegido con unas piedras sueltas.

N.º 24. — En ataúd de madera, del que ha sido hallado un clavo de bronce.

N.º 25. — Estaba situada sobre el albañal, en un piso de tegulas alineadas que servían de base al ataúd de madera, de forma trapezoidal. Después se construyó en los lados una sólida pared de piedras, unidas con mortero de cal muy diluida, que penetró en el interior de la sepultura y sobre el que se conservaron las improntas del ataúd de madera. En el interior había dos clavos de hierro junto a la cabeza. Varias losas de piedra apoyadas en las paredes formaban una cubierta.

N.º 26. — De construcción similar a la anterior, pero de tamaño más reducido, por tratarse del enterramiento de un adolescente. Estaba situada también sobre un piso de tegulas, y en las paredes, además de las piedras, había fragmentos de ladrillos. En el interior se conservaron dos clavos de hierro. Sobre este enterramiento había otro piso de fragmentos de dólíum y arcilla amasada, dispuestos como si fuera un tosco mosaico, que se extendía por debajo de las sepulturas números 24, 29, 42 y 43, a modo de separación con respecto a los enterramientos n.º 26, 30, 31 y parte del 28, situados a una mayor profundidad.

N.º 27. — En ataúd de madera, del que se conservaron dos clavos de hierro. Estaba situado sobre el citado piso. Cerca del cráneo, y en el mismo nivel, fue hallada una lucerna entera (fig. 9, y lám. I, 1), que, por ser de una época anterior a la necrópolis, suponemos debió llegar allí con las tierras transportadas.

N.º 28. — En dos ánforas, variante C de la forma Dressel 26, como ataúd. El cadáver debió ser violentado al ser introducido en el reducido espacio, por lo que se halló con las piernas encogidas. Las juntas de las ánforas estaban unidas con abundante arcilla amasada y pequeñas piedras.

N.º 29. — En ataúd de madera, sin ninguna protección

N.º 30. — Conservaba el esqueleto de un recién nacido colocado sobre un lecho de arcilla, piedras pequeñas y fragmentos de cerámica. Una tegula y media fueron colocadas

encima de la cajita de madera. Este esqueleto presenta la particularidad de ser el único que tiene la cabeza orientada al este.

N.º 31. — Formada por dos ánforas, una, variante C de la forma Dressel 26, y otra, nueva variante de la misma forma, con el extremo inferior seccionado, encajadas y unidas con arcilla y pequeñas piedras (lám. II, 2), La parte inferior estaba protegida con abundante barro y fragmentos de cerámica.

N.º 32. — En caja de madera, cuya mitad inferior descansaba sobre un piso de ladrillos.

N.º 33. — En ataúd de madera, del que se han conservado tres clavos en el extremo de las piernas. La cabecera estaba protegida con varias piedras sueltas agrupadas.

N.º 34. — En caja de madera, sin ninguna protección.

N.º 35. — De características idénticas a la anterior.

N.º 36. — Sobre unas tegulas se colocó un ataúd de madera, contorneado con paredes de piedras, ladrillos y medio disco de un molino de mano, y en la parte de la cabecera, dos fragmentos de dólum. Las piedras estaban unidas con barro amasado. La cubierta estaba formada por dos ladrillos, y una losa de piedra en los pies. Las tegulas del piso se extendían formando una separación con la sepultura n.º 35, que estaba situada a un nivel inferior.

N.º 37. — En ataúd de madera, del que se han conservado tres clavos de hierro: dos a los lados del cráneo y uno en los pies. La mitad del lado del brazo izquierdo estaba protegido con piedras sueltas, que se extendían sobre una parte de la cabecera.

N.º 38. — Ataúd de madera, de forma trapezoidal, con los lados protegidos con piedras sueltas, de las que faltaban algunas que posiblemente fueron utilizadas más tarde para otros enterramientos.

N.º 39. — En ataúd de madera, con unos fragmentos de ánfora que protegían la cabecera.

N.º 40. — Presenta el esqueleto de un niño con las piernas encogidas, por haber sido introducido en un corto ataúd de madera.

N.º 41. — Ataúd de madera, con el esqueleto de un niño. Había una piedra llana en el extremo de la cabecera.

N.º 42. — Ofrece idénticas características que el enterramiento n.º 40.

N.º 43. — En ataúd de madera, contorneado con paredes de piedras, ladrillos y barro, que fue cubierto con los mismos materiales.

N.º 44. — En caja de madera, contorneada con losas de piedra de regular tamaño, que van reduciéndose hacia los pies. Las de los lados fueron dispuestas en sentido vertical, pero al descomponerse la madera la presión de la tierra las tumbó al interior de la fosa, apareciendo todas ellas inclinadas por un igual. Junto a los pies se conservaron dos clavos de hierro.

N.º 45. — En ataúd de madera, introducido en el interior de un hoyo cuadrangular excavado en la arena firme y contorneado con barro.

N.º 46. — De tegulas dispuestas a dos vertientes con una hilera de ímbrices en la parte alta donde se juntan estas piezas. En las juntas de los lados habían ímbrices, fragmentos de ánforas y piedras sueltas, y los extremos fueron tapados con fragmentos de dólum y piedras de mayor tamaño. Fue construida sobre un piso de tegulas, bajo el cual se hallaban las piernas del esqueleto del enterramiento anterior. En el interior había el esqueleto de un adulto y el de un recién nacido, que parecía descansar sobre el pecho de su madre.

N.º 47. — En ataúd de madera, de forma trapezoidal, sobre una sólida base de hormigón de piedras y mortero de cal, con paredes de la misma obra en el contorno de la caja, en las que quedó parte de la impronta de la madera. La cubierta estaba compuesta por una hilera de siete losas de piedra apoyadas en las paredes laterales.

N.º 48. — Construida sobre una base de piedras y cal, situada encima del albañal. La caja, de madera, no estaba contorneada con piedras, aunque sobre ella se colocó una tegula entera, casi la mitad de otra y tres grandes piedras, que fueron halladas sobre el esqueleto.

N.º 49. — De tegulas a doble vertiente, con cuatro y media en cada lado, una en el extremo de la cabecera y una piedra grande como cierre en el extremo de los pies. En todas las juntas había ímbrices y barro, y piedras sueltas en los contornos. Fue construida en el interior del albañal, en una parte que conservaba una pared. Las tegulas de este enterramiento completadas con fragmentos de otras formaron el suelo de la sepultura.

N.º 50. — En ataúd cuadrangular, de madera, protegido por los lados con tegulas: tres y media en un lado y cuatro en el otro, y una en el extremo de la cabecera. Fue contorneada con varias piedras sueltas y fragmentos de ánforas. El extremo de los pies estaba abierto. Al desaparecer la madera, por descomposición, las tegulas se inclinaron hacia el interior de la fosa, sin llegar a unirse. Junto al esqueleto se hallaron dos clavos de hierro y restos de otros.

N.º 51. — Sobre un piso de argamasa de barro y piedras muy pequeñas fue colocado el ataúd de madera, sobre el que se situaron varias losas de piedra alineadas, que han sido halladas sobre el esqueleto. Había restos de un clavo de hierro en los pies.

N.º 52. — Construida en el interior de una fosa rectangular, cavada en la arena firme y contorneada con barro, como si fuera un revoque. En el interior se colocó la caja de madera, y sobre ella una capa de barro, piedras pequeñas y fragmentos de ánforas.

N.º 53. — Formada con fragmentos de tegulas alineadas, a una sola vertiente en un lado. El otro lado estaba hecho con piedras desiguales y fragmentos de ladrillos. En la parte superior había una hilera de ímbrices y varias piedras sueltas en los contornos.

N.º 54. — De tegulas. Sólo conservaba la mitad de las piernas, formada por dos piezas y media en cada lado, dispuestas a doble vertiente. En la parte superior había una hilera de ímbrices y uno en cada lado. Las juntas fueron tapadas con barro. El resto de la sepultura había sido destruida por unos cimientos modernos que penetraron hasta esta parte.

N.º 55. — En ataúd de madera, protegido con fragmentos de ánforas, ladrillos, y pie-

dras dispuestas en gran desorden. Correspondía a un niño.

N.º 56. — En ataúd de madera, conteniendo el esqueleto de un niño. Ambos lados estaban protegidos con piedras y fragmentos de ánforas.

N.º 57. — Presentaba la forma de un pedestal rectangular, con la parte de los pies groseramente redondeada, construido con obra de mampostería de piedras y cal. En su interior había un hueco cuadrangular, que conservaba la forma de la cajita, con el esqueleto de un niño de corta edad. Fue cubierto con piedras y cal.

N.º 58. — Enterramiento en ánfora, variante C de la forma Dressel 26, con el extremo del cuello seccionado. En su interior fue introducido el cadáver de un adolescente, cuyas piernas, que quedaban al descubierto, fueron protegidas con varios fragmentos de ánforas, entre los que se contaba un cuello con las asas. De los fragmentos aparecidos en esta parte del enterramiento puede ser restaurada una interesante anforita de superficie estriada, de 66 cm. de altura, que corresponde al n.º 54 de la clasificación de Almagro. Se trata de una pieza idéntica a la que constituye la sepultura n.º 8, que apareció seccionada longitudinalmente. Se hallaron también una cierta cantidad de fragmentos de cerámica y piedras utilizadas como cuña para asegurar la estabilidad del ánfora. Este enterramiento penetra dentro de la arena firme, y en parte se introduce por debajo de la sepultura n.º 60, aunque a mayor profundidad.

N.º 59. — En ánfora como ataúd, variante C de la forma Dressel 26, con la parte inferior seccionada. Un fragmento de otra ánfora sirvió como cierre de la boca. En el interior había las piernas y parte del cuerpo de un niño. El resto del esqueleto estaba cubierto con varios fragmentos de ánforas. La estabilidad de este enterramiento fue asegurada con barro y pequeñas piedras introducidas en los lados y en el fondo. Como la anterior, penetra en la arena firme, y se introduce debajo de la sepultura n.º 57.

N.º 60. — En forma de pedestal cuadrangular, construida con obra de hormigón de piedras desiguales y cal. En el interior se

reconocía un hueco que presentaba la forma completa de la cajita, con el esqueleto de un niño que no llegaría a un año. La tapa estaba formada por dos ladrillos y medio contorneados con cal.

N.º 61. — De tegulas, de las que habían tres y media en cada lado, dispuestas a dos vertientes, sobre un suelo formado con los mismos materiales. La cabecera estaba tapada con dos piezas juntas y la parte de los pies con dos piedras. Las juntas de éstas estaban unidas con barro, y a los lados y sobre el enterramiento se extendieron desordenadamente varios fragmentos de ánforas, entre los que destacaba un cuello entero, con asas, que corresponde a una variante de la forma Dressel I.

N.º 62. — En ataúd de madera, de forma trapezoidal y paredes de piedra y barro. Fue construido directamente sobre la arena allanada, sin piedras de tapadera.

N.º 63. — Ataúd de madera, que penetra en parte en la arena. El extremo de los pies estaba protegido con varios fragmentos de ánforas agrupados.

N.º 64. — Situada sobre la anterior, con un piso de argamasa de barro, pequeñas piedras y fragmentos de ladrillo, sobre el que se colocó el ataúd de madera, sin ninguna protección en los lados.

N.º 65. — En ánfora, forma Dressel 26, seccionada por el extremo del pivote, por donde salían las piernas del cadáver. Esta parte se completó con dos ladrillos, trozos de ánforas y piedras.

N.º 66. — Formada con dos ánforas cortadas por el extremo del cuello, debajo de las asas, y unidas. En la junta había dos tegulas, una en cada lado, y piedras unidas con arcilla. En el interior se conservaba el esqueleto de una mujer con las piernas algo separadas, para dar cabida entre ellas, al cuerpo de un recién nacido. Este enterramiento estaba colocado sobre un piso de arcilla, y había fragmentos de cerámica y pequeñas piedras a modo de cuña para mantener la estabilidad del enterramiento.

N.º 67. — En ataúd de madera, del que se conservaron dos clavos de hierro de la cabecera.

N.º 68. — En forma de pequeño pedestal construido en hormigón de piedras y cal, de forma cuadrangular. En el interior había una cavidad de planta trapezoidal, con las paredes laterales formadas por dos ladrillos, y en el centro el esqueleto de un recién nacido. La cubierta estaba formada por dos ladrillos unidos con cal.

N.º 69. — En ánfora, seccionada por el cuello, con una gran piedra colocada como cierre. Estaba situada sobre un suelo de arcilla y piedras que a la vez la separaba de los enterramientos n.º 50 y 70, situados a mayor profundidad.

N.º 70. — En ánfora, forma Dressel 26, seccionada por el cuello y vuelta a juntar después de introducido el cadáver de un niño. La junta fue ajustada con barro. La cabecera coincidía, a mayor profundidad, con la sepultura anterior.

N.º 71. — En caja de madera, sin ninguna señal exterior.

N.º 72. — En ataúd de madera, con la cabecera protegida con fragmentos de ánforas y piedras sueltas.

N.º 73. — En ánfora, cortada por el extremo del pivote y completada con la parte tubular de otras dos ánforas, que contenía el cadáver de un adulto. Las ánforas corresponden a la variante A de la forma Dressel 26. El extremo de la cabecera fue tapado y completado con piedras y barro. Penetra en el interior de la arena y en los contornos se introdujo arcilla y piedras pequeñas. El cuello del ánfora de este enterramiento estaba decorado con líneas lisas formando dos fajas y, entre ellas, unas líneas onduladas incisas.

N.º 74. — Sobre un lecho de fragmentos de ladrillos y barro fue colocado el ataúd de madera, con unas piedras alineadas en los lados. Está situado a un nivel inferior que la sepultura anterior.

N.º 75. — De tegulas, con cuatro en cada lado, formando dos vertientes. En algunas juntas y en la parte superior había ímbrices. Los extremos estaban tapados con tegulas, y en los lados había piedras sueltas y fragmentos de ánforas. Fue construida sobre un suelo de tegulas.

N.º 76. En ánfora con el cuello seccionado. Se halló muy deteriorada, por haber construido sobre ella unas paredes de tumbas del siglo XVII. Conservaba parte del esqueleto de un niño.

N.º 77. — Sobre un suelo de arcilla y fragmentos de ladrillos y piedras se colocó el ataúd de madera, contorneado con piedras sueltas.

N.º 78. — Construida de forma rectangular en el interior de la arena firme, para contener una cajita con el cadáver de un niño de corta edad. El espacio entre la fosa y la cajita fue rellenado con arcilla. Había una sola tegula como tapadera.

N.º 79. — En ataúd de madera, situado en un nivel alto. Únicamente se descubrió el extremo de los pies.

N.º 80. — En ánforas, que contenían el cadáver de un adulto. El extremo de la cabecera lo componía la mitad inferior de una ánfora, que se completaba con el cuerpo de otra, y en los pies, la parte del cuello de una tercera pieza algo rota, correspondiente a la forma 52 de Almagro. Una de las juntas fue reforzada con dos fragmentos de tegula, y los contornos con piedras y cal. El cuello del ánfora de este enterramiento estaba decorado con unas líneas incisas.

N.º 81. — Formada con varios fragmentos de ánforas hasta cubrir el cuerpo de un adulto. En toda su longitud se añadieron otros fragmentos, llegando a sumar tres gruesos en una gran parte del enterramiento. Fueron ajustados con barro amasado y, como en la anterior, había piedras y cal en los contornos. Los dos enterramientos estaban a un mismo nivel sobre un suelo de unos 20 cm. de espesor, de una argamasa muy fuerte de barro, cal, piedras y fragmentos de cerámica.

N.º 82. — En ataúd de madera, situado en el mismo nivel que las dos anteriores. Únicamente se hallaron tres clavos de hierro.

N.º 83. — De tegulas a dos vertientes, una en cada lado, que tenía como piso la cubierta de la sepultura n.º 78. Estos dos enterramientos conservaban los esqueletos de

unos niños de unos 45 cm. de altura, que parecían haber sido sepultados a un mismo tiempo.

N.º 84. — En ánfora, seccionada por el extremo del pivote, con los contornos reforzados con restos de otras ánforas, de la variante A de la forma Dressel 26, y barro. Debido a las mismas circunstancias que la sepultura n.º 76, fue hallada muy destruida. Contenía parte del esqueleto de un niño.

N.º 85. — En el interior de la arena firme, en una fosa cuadrangular, fue colocado el ataúd de madera, del que fueron hallados cuatro clavos de hierro. Estaba en un nivel más hondo que el suelo en el que existían las sepulturas n.ºs 80 y 81.

N.º 86. — En ataúd de madera, que no se conservaba. Sobre el esqueleto fue hallada una hilera de losas de piedra. Estaba en un nivel alto.

N.º 87. — En ataúd de madera, situado al lado y en el mismo nivel que la anterior. De las dos sólo se pudo excavar la parte de las piernas.

N.º 88. — En ataúd de madera, con tres tegulas en cada lado y una en el extremo de la cabecera. Las de los lados aparecieron algo inclinadas, debido a la descomposición de la madera y a la presión de la tierra. Fue construida sobre un piso de argamasa de arcilla amasada y piedras pequeñas. Contenía el esqueleto de un adolescente y dos clavos de hierro junto a la cabeza.

N.º 89. — Estaba colocada debajo de la anterior y en la misma orientación, formada con dos ánforas, una seccionada por el arranque del cuello, y la otra, que conserva las dos terceras partes inferiores. Fueron unidas, y en la junta había una cierta cantidad de barro. Penetraba en el interior de la arena. Contenía el esqueleto de un adolescente.

N.º 90. — En caja de madera, sin ninguna protección. Junto a la cabecera fue hallado un clavo de bronce.

N.º 91. — En ataúd de madera. Sólo se excavó la parte correspondiente a las piernas,

porque la otra parte estaba situada debajo de unos cimientos modernos. Este enterramiento, igual que los n.º 86 y 87, son los tres únicos que están orientados con la cabeza al sudeste.

N.º 92. — Esqueleto de un niño de corta edad, que debió ser enterrado en una cajita de madera.

N.º 93. — En ataúd de madera, con paredes laterales de sólida construcción de piedras con barro y cal. La de la derecha tenía las superficies revocadas con barro, y la parte alta estaba terminada con fragmentos de ánforas bien dispuestos, para ofrecer un acabado redondeado. Una losa de piedra cerraba el extremo de los pies. El esqueleto de un adulto descansaba sobre un piso de arcilla muy compacta.

N.º 94. — En ánfora cortada por los dos extremos, tapados con piedras y barro. Contenía el esqueleto de un niño.

N.º 95. — De tegulas, cuatro en cada lado, dispuestas a dos vertientes, con ímbrices y barro en todas las juntas. En el extremo de la cabecera había una tegula colocada como tapadera, y el extremo de los pies estaba abierto. Fue construida en el interior de la arena, sobre un suelo de tegulas.

N.º 96. — Forma parte de un conjunto construido para cuatro enterramientos. El ataúd de madera presentaba una forma ligeramente trapezoidal, y estaba contorneado con piedras unidas con cal y barro. La obra conservaba la forma del ataúd.

N.º 97. — En ataúd de madera, de forma trapezoidal, contorneado con piedras unidas con barro.

N.º 98. — De tegulas, cinco en cada lado, dispuestas a dos vertientes, y una en cada extremo como cierre. Conservaba los ímbrices en todas las juntas y, además, en la mitad de ellas, unas piedras sueltas y trozos de ánforas como protección de los lados. Había el esqueleto de un adulto de 1,95 m. de altura descansando sobre un suelo de tegulas.

N.º 99, 100 y 101. — Forman parte del mismo conjunto que el enterramiento n.º 96. Estaban colocadas una al lado de la otra y en la misma orientación. Todas ellas en ataúdes de madera, que quedaron enmoldados dentro de la obra. En el interior de este macizo, y a unos 40 cm. de profundidad, se hallaba la sepultura n.º 101, dispuesta en sentido perpendicular a las anteriores. Todas fueron tapadas con piedras, barro y cal.

N.º 102. — De tegulas, a dos vertientes. Se conservaban tres en cada lado y tres ímbrices en la parte superior. En los contornos había piedras sueltas. Fue construida en el interior de la arena, a bastante profundidad. Las dos tegulas del extremo de las piernas fueron suprimidas cuando se efectuó el enterramiento n.º 98, en un nivel más alto, sin llegar a alcanzar los restos del inhumado, que hemos hallados intactos separados, por una tegula.

N.º 103. — Las obras de restauración de la Basílica interrumpieron momentáneamente la excavación. Después de algunos meses pudimos continuar los trabajos, descubriendo una sepultura de adolescente, compuesta por dos fragmentos de ánforas unidos, y restos de otras en la junta, descansando en un lecho de arcilla situado sobre el nivel de la arena. Los contornos estaban reforzados con abundantes piedras desiguales, algunas de las cuales estaban unidas con cal. El extremo del cráneo coincidía con el de la boca de una ánfora tapada con una piedra.

N.º 104. — Adulto enterrado en una caja de madera, de forma trapezoidal. La parte de los pies se introducía bajo la sepultura n.º 25. Penetraba ligeramente en el nivel de la arena, y los contornos conservaban varias piedras cuadradas alineadas groseramente y unidas con mortero de cal, formando como unos muretes que aún dibujaban la forma del ataúd. El cráneo descansaba parcialmente sobre una piedra de la cabecera, seguramente por haberse desplazado de su posición normal.

N.º 105. — Compuesta por la mitad inferior de una ánfora cubierta con restos de otras ánforas. Contenía el esqueleto de un recién nacido.

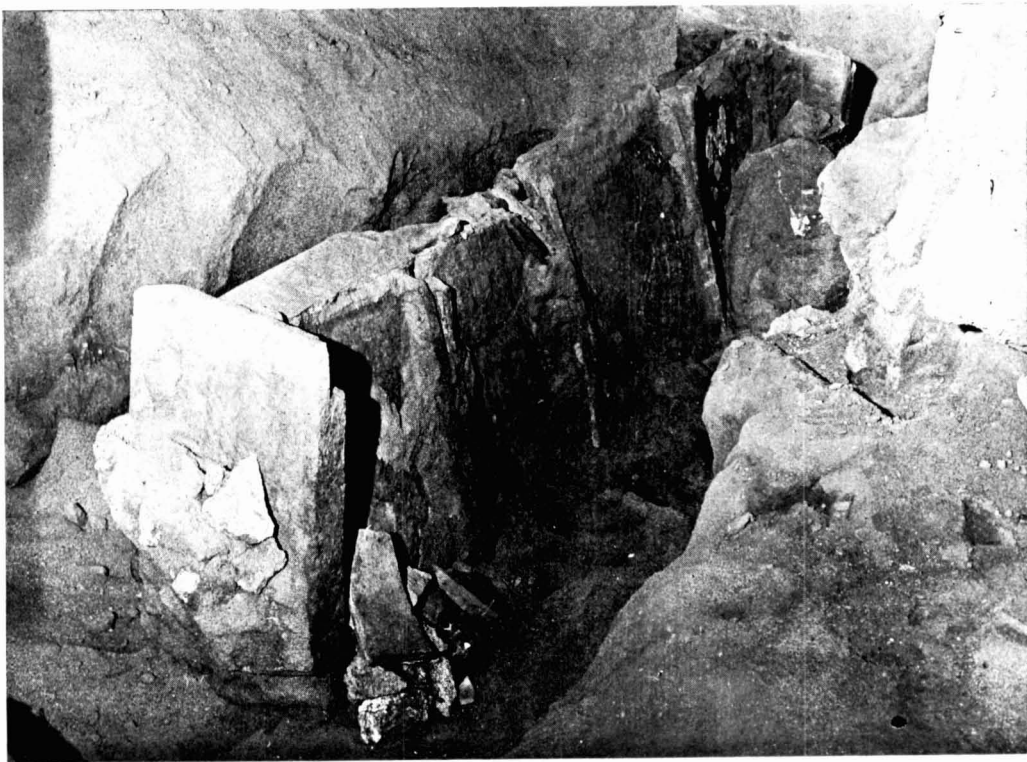
N.º 106. — En caja de madera, que conserva el esqueleto de un niño de 1 m. de altura. En los contornos había varias piezas de protección unidas con barro amasado.

Fue hallado «in situ», en el extremo de los pies de la sepultura n.º 96, un fragmento de pavimento de «opus testaceum», de 1,25 metros de longitud por 0,75 de anchura, construido sobre un piso de pequeñas piedras y

barro, que debió extenderse por toda aquella parte de la excavación, según se deducía de las roturas de ambos lados y de la presencia de fragmentos esparcidos. Posiblemente se trata de una parte del pavimento del templo visigótico, por estar relacionado con los restos de las paredes más antiguas, situadas a escasa distancia, y por corresponder todos estos vestigios al nivel del siglo VI o VII, situado unos centímetros por encima del nivel de las sepulturas.



1. — Lucerna romana, forma Dressel 20, hallada en la necrópolis de Santa María del Mar.
Mide 10,8 cm. de longitud.



2. — Vista de la sepultura de tegulas, n.º 2, de la necrópolis de Santa María del Mar.



1. Fotografía de la sepultura de tegulas, n.º 4, en primer término, y del esqueleto del enterramiento n.º 7, de la necrópolis de Santa María del Mar.



2. Fotografía de las ánforas que constituían la sepultura n.º 31 de la necrópolis de Santa María del Mar.